

VARIEDADES

Documentos referentes a las postrimerías de la Casa de Austria en España

(Continuación.)

El Escorial, 8 de octubre de 1699.

El doctor Geleen al Conde Fernando Buenaventura de Harrach. (En francés.)

W. Harr. A.

El Rey se encuentra tan bien que ha reanudado su vida conyugal. Esto hará quizá cambiar de conducta a los franceses. Se ve que Dios favorece a la Augustísima Casa cuando en lo humano no parecía tener salvación.

Le supone enterado de que la Reina exige su retiro, por instigación de la Berlips, la cual no le perdona haber trabajado con sus enemigos para expulsarla de España. Cuando habla de enemigos no se refiere sólo a los españoles, sino también al Embajador, su hijo. Esto último no lo niega él, sino que se jacta de haber laborado siempre en beneficio de los intereses imperiales. Tiene curiosidad por saber en qué parará la lucha que mantienen la Reina por echarle y la Corte por que se quede, a causa de las simpatías generales de que goza y del afecto del Rey, que le estima mucho, como al más antiguo de sus médi-

cos. No hará nada que pueda atraerle la cólera de la Reina, tan poderosa, *quia non est caput super caput coeli nec ira super iram mulieris*, como dice el *Eclesiastés*.

Haya, 9 de octubre de 1699.

El Conde de Auersperg al Emperador. (En alemán.)

W. S. A. Span. Varia. Fasz. 59.

El Pensionario se ha negado a recibir la nota de Quirós en lo referente al asunto Schönberg. Hablando con ese representante de España dijo que se congratulaba de la salud del Rey; pero que hallándose frente a frente en demanda de la sucesión dos grandes fuerzas, Austria y Francia, era menester contentar a ambas para impedir una guerra.

Quirós le dijo a él (Auersperg) que ya no tenía duda de que se estaba tratando con Francia sobre la herencia española y que el Embajador español en Viena le escribía asegurándole que Hop había hecho proposiciones sobre el asunto al Emperador.

Quizá no sepa nada y trata sólo de sacar de mentira verdad; pero la frase del Pensionario le intrigó mucho y le ha pedido a él que le pregunte qué quiso decir afirmando la necesidad de contentar a las dos partes.

El correo de España trajo confirmación de la mejoría del Rey y revocación oficial de la orden dada a Berjeick para trasladarse a Madrid, con lo que el Elector está satisfecho y su crédito fortificado.

El Escorial, 9 de octubre de 1699.

La Condesa de Berlips al Elector Palatino. (En alemán.)

St. A. K. bl. 86/4.

Los Reyes siguen bien, aunque la Reina no ha recuperado aún las carnes que perdió. El clima del Escorial es tan favorable al Rey que ha reanudado su vida marital. Quiera Dios darles sucesión. La Reina desea llevar al Rey a Andalucía cuando termine la jornada del Escorial, por causa del frío.

Todos los que mandan son del partido francés, aunque el Conde de Harrach no quiera creerlo. Ese Embajador cesáreo se pasa la vida en compañía del de Francia y no hay vacación de Pascua u otras en que no se solacen juntos. A lo mejor hablan de la venida del Archiduque o de la necesidad de que España se defienda. No es verosímil que Harrach engañe a Harcourt, porque este último tiene la cabeza en su sitio. En cuanto vuelva su hijo se marchará de España y trabajará cuanto pueda para que releven a Harrach.

Sabe que Ariberti salía de Milán seis semanas atrás; pero no ha recibido carta suya no obstante haberle prometido escribirla en cuanto llegase a Barcelona. Puede haber tropezado con alguna partida de bandoleros, que ni en Italia ni en España escasean.

El Duque de Uceda ha ido a la Embaja de Roma. Ha muerto el Cardenal Córdoba a poco de ser nombrado Inquisidor general y le reemplaza Mendoza. El confesor del Rey, no obstante su dominio, está a mal con todos los de su Orden. Es fácil que se le despida pronto, porque pertenece al partido francés, como Monterrey y Balbases, a quienes Harrach se obstina en suponer buenos amigos de la causa austriaca.

París, 9 de octubre de 1699.

El Conde Sinzendorf al Elector Palatino. (En alemán.)

H. A. 1098.

Las cartas de España confirman la mejoría del Rey; pero dicen que la Berlips no se marchará mientras no tenga en su poder todo el dinero que pide, lo cual hace temer se retrase su partida más aún de lo que convendría a los intereses imperiales y palatinos.

Madrid, 10 de octubre de 1699.

El Conde Aloisio Luis de Harrach al de Sinzendorf. (En alemán.)

W. S. A. Span. Varia. Fasz. 59.

No ha podido descifrar, por falta de clave, todo lo que dice en

su carta del 20 de septiembre sobre los tratados de Loo. Es duro compromiso el en que se pone al Emperador; pero habida cuenta de la indefensión pertinaz de España, tampoco se puede perder contacto con las Potencias marítimas.

Mientras persistan el mal Gobierno, la irresolución del Rey y el influjo de la camarilla de la Reina, no podrá resistir España el ataque enemigo.

Con la ausencia de los Reyes se suspendieron los negociòs, y como se le había dicho que no fuese por El Escorial si no tenía algo que tratar, se ha tomado unas vacaciones, marchando al campo con los Embajadores de Francia, Saboya y Venecia, y acaba de regresar aquella misma mañana.

El Duque de Uceda, antes de salir para Roma, fué nombrado Consejero de Estado. Como no había precedentes de que se diera ese puesto a un Embajador recién electo, se murmura mucho sobre el caso, atribuyéndolo a la amistad de Uceda con Oropesa, a quien se supone que la Reina quiere traer otra vez, así como al Almirante, a pesar del daño que ambos hicieron a la causa imperial, inspirando el testamento a favor del Príncipe de Baviera.

Si volviesen no le perdonarían la parte que tomó en el destierro de ambos. Todo depende, pues, de que el Rey siga mejorando. Se dice que desde El Escorial irá a Andalucía.

El Embajador de Francia, que se ha quedado en Aranjuez, donde acaban de pasar unos días juntos, sigue mostrándose descontento de su estancia en Madrid y espera con ansia que se le permita marcharse.

En cuanto al nuevo Embajador español en París, sólo puedo decirle que es buena persona y que extrema las protestas de adhesión a la causa austriaca; pero no le conoce lo bastante para saber si se puede uno fiar de él en cosas graves, porque es hechura de la Reina y del Almirante. Ya sabrá tratarle con la debida prudencia.

Schwetzingen, 12 de octubre de 1699.

El Elector Palatino a la Emperatriz. (En alemán.)

St A. K. bl. 44/6.

La muerte de la Reina de Portugal le obliga a pedir nuevas

instrucciones en lo referente a la sucesión de España. No sabe si ha de seguir sondeando o no a los Ministros de aquel país, a quienes conoce, aun cuando sea como cosa suya y sin mentar para nada a la Emperatriz.

Viena, 12 de octubre de 1699.

La Emperatriz al Elector Palatino. (En alemán.)

St. A. K. bl. 44/6.

Parece ser que la Berlips sale por fin de España, pero "a nostri spesi", puesto que habrán de soportarla de cerca. Pero en Viena no tendrá voz ninguna en el Capítulo y habrá modo de desembarazarse pronto de ella.

Haya, 13 de octubre de 1699.

El Conde de Auersperg al de Harrach (Aloisio Luis). (En alemán.)

W. S. A. Span. Varia. Fasz. 59.

Ve por su carta del 24 de septiembre que también él es partidario de la inteligencia del Imperio con Francia ante la crónica indefensión española. Allí se cree que si el Emperador no se entiende con las Potencias marítimas le dejarán solo. Espera que el Rey Guillermo no se ciegue hasta ese punto; pero insta cuanto puede para que se llegue a un acuerdo. Es natural que no se haya aceptado la proposición en virtud de la cual la Casa de Austria perdería cuanto tiene en Italia; pero se ha de buscar otra fórmula. Ha oído con gusto que incluso algunos españoles opinan lo mismo y se explica que los más reflexivos no tomen a mal que el Emperador se entienda con Francia, puesto que no le queda otro camino.

Cree que en Viena están arrepentidos de haber aceptado la cesión de Nápoles, Sicilia y Cerdeña, desde que recibieron por el correo de España las noticias que Harrach les dió de lo mal que sonaba en Madrid la idea del reparto. Pero no hay sino negociar pronto un arreglo o romper toda negociación.

En postdata. Como piensa marchar a Inglaterra con el Rey

Guillermo, será lo mejor que le escriba por conducto de Sinzendorf, quien le enviará las cartas por vía Calais.

Barcelona, 17 de octubre de 1699.

El Landgrave de Hasia al Conde Aloisio Luis de Harrach. (En francés.)

W. Harr. A. Caja 251.

En cuanto llegue el Duque de Tursis se informará detalladamente de todo lo hecho por Salvador; y ya supondrá cómo es capaz de castigar a un traidor de esa calaña.

Neustattlander, 18 de octubre de 1699.

El Elector Palatino a la Emperatriz. (En alemán.)

St. A. K. bl. 44/6.

Se vuelva a hablar en serio de la boda de Carlos con Augusta de Hohenlohe. La gestionan varios religiosos y apoyan la pretensión sus dos hermanos la Reina de España y el Gran Maestre de la Orden Teutónica. Todo depende, pues, de que él dé su consentimiento, lo cual le pone en gran apuro. La ruego que le ayude a salir de él.

París, 18 de octubre de 1699.

El Conde de Sinzendorf al de Harrach (Aloisio Luis). (En alemán.)

W. S. A. Span. Varia. Fasz. 59.

No puede ocultarle que parece confirmarse la ratificación del tratado de Loo, de la cual debe haber sido portador Milord Jersey, que acaba de llegar a París. Se comenta mucho la resolución del Rey Guillermo de expulsar de Inglaterra al Embajador de España. La única que gana con todo ello es Francia.

Castel dos Rîus preguntó a Torcy si estaba ya acordada la contestación a sus representaciones y se le dijo que no se le respondería hasta que lo hubieran hecho el Imperio, Inglaterra y Holanda.

Viena, 19 de octubre de 1699.

El Emperador al Conde Aloisio Luis de Harrach. (En alemán.)

W. Harr. A.

Ha recibido su carta de 8 de septiembre congratulándose de cuanto le dijo el padre Gabriel por orden de la Reina de haber olvidado sus anteriores agravios. Sirviéndola siempre con obediencia y respeto y secundándola en todo lo posible, interpretará rectamente las instrucciones que él le dió.

También ve con gusto que la Condesa de Berlips desea retirarse de la Corte de Madrid, por falta de salud y otros motivos y puesto que la Reina considera necesario para su decoro que él la reciba en su Corte, accede desde luego a esa petición de persona a quien tanto quiere. Pero no podrá ser en la forma que la Reina desea, porque el Aya de su futuro nieto o nieta ha sido ya designada, recayendo el cargo en la Condesa María Bárbara von Breünerin; y porque tampoco se estila que las archiduquesas solteras tengan camarera mayor particular, sino una para todas. Seguramente comprenderá la Reina el agravio que se inferiría a la titular de ese cargo designando contra todos los precedentes una camarera de la Archiduquesa Isabel, que naturalmente precedería a la de sus hermanas menores.

Pero como ese nombramiento es uso hacerlo en cuanto se casan las Princesas imperiales, y como la primogénita Isabel tiene ya diez y nueve años y la otra diez y seis, promete desde luego a la Condesa de Berlips el cargo susodicho cerca de la primera que se case, y la otorga, mientras tanto, el puesto de Señora de Honor, para que pueda vivir en la Corte, actuando además de Teniente del Aya o Camarera mayor de las Archiduquesas y reemplazándola en ausencias y enfermedades.

Puede añadir que desea tenerla cuanto antes en Viena a fin de que preste sus servicios desde que se celebre el matrimonio.

Esta es la mejor fórmula que encuentra para sacarla con honra del empeño en que se halla y supone que agradará a la Reina.

En lo referente a la señorita de Cram, se atiene a lo que la Emperatriz escribe a la Reina.

Explíquela bien todo esto y procure activar la salida de la Berlips.

El Escorial, 20 de octubre de 1699.

Mariana de Neoburgo al Elector Palatino. (En alemán.)

St. A. K. bl. 46/14 d.

Se alegró mucho de recibir su carta fechada en Schwetzingen dándola noticias del solaz que tenía con la caza. También ellos lo encontraron en El Escorial, favorecidos por el tiempo, aunque acaban de comenzar ya las lluvias.

Espera aún los coches y caballos prometidos; pero el Rey y ella usan a diario la berlina que les regaló el Elector, de la cual tiran tres troncos flamencos. El contrabajo no acaba de llegar y se pone colorada cada vez que el Rey la pregunta cómo no viene; teme que lo atribuya a falta de deseo de complacerle por parte de ambos.

El Escorial, 21 de octubre de 1699.

Mariana de Neoburgo al Obispo de Solsona.

A. I.

"El cuidado que en vuestra carta de 21 del pasado manifestáis de nuestra salud es muy correspondiente a la fineza de vuestro celo, que yo os agradezco siempre más; pudiendo aseguráros que la del Rey mi señor se ha mejorado visiblemente en este sitio, por lo cual muchos le aconsejan busque otro clima aún más suave fuera de Madrid para fortificarla enteramente; pero no sé lo que sucederá. Dios disponga lo que más convenga.

"Mientras aguardo de vuelta de esa Corte el Correo que despaché sobre las dependencias de la Condesa de Berlips, me mantengo en que suspendáis las instancias para la remoción de este Conde de Harrach, en que conviene contemporizar ahora; hállese aquí con su mujer algunos días ha.

"De nuevo os estimo lo que habéis continuado en favorecer al Conde de Berlips y os encargo repitáis al señor Emperador las gracias que yo en mis cartas ya le he dado por lo que honró y

benefició a este Conde. Pero pues él, por modestia y conveniencia propia, no ha querido instar en la pensión para su madre, lo supliréis vos, pidiendo se la sitúe cuando no toda aquí en las rentas dotales, por lo menos una congrua porción en los efectos tan copiosos que tiene S. M. en el Imperio, cuyo logro fío de vuestra aplicación y del afecto que debo al señor Emperador.”

El Escorial, 22 de octubre de 1699.

El doctor Geleen al Elector Palatino. (En francés.)

St. A. K. bl. 86/27 b.

Los Reyes siguen sin novedad. La preocupación de la Corte es el arreglo económico de la Berlips y ya se ha encontrado la fórmula para que entre en posesión de los 300.000 escudos que vale su feudo de Italia sin esperar a que los abone el comprador. El Marqués de Grillo, el gran banquero, entregará una letra sobre Holanda por los 200.000 escudos que no se han percibido aún, garantizándole el Rey el cobro de este anticipo en la renta de Cruzada. Ahora se busca dinero para el viaje y para el ajuar de la sobrina, y la marcha será cuando regrese el Archimandrita, a fin de que pueda acompañarlas. También irá con ellos una enana que S. M. trajo de Neoburgo y que se atreve a pedir dos mil escudos anuales de pensión por toda su vida, sin contar los 25.000 que ha recibido en regalos de dinero y joyas desde que está en España.

A él se le da la callada por respuesta. No ha reclamado nada para retirarse, dejándolo al magnánimo arbitrio de la Reina, cosa que la agradó. Le preguntó si deseaba ir a la Corte Palatina, contestando él que su deseo era tan sólo seguir sirviéndola a ella. Harrach opina que, caso de salir de España, no debe ir sino a la Corte Imperial. Se resiste a creer que la Reina le deje ir y seguramente no se habría atrevido ni a indicárselo de no haberse valido de la mediación del confesor. Pero cuando apremió a este último para que le gestionase su licencia, contestó el padre Gabriel que no está dispuesto a favorecer la partida de ningún servidor de la Reina.

La tardanza actual contrasta con los apremios del principio, que sólo se explican por las intrigas de la Berlips.

Ruega al Elector que interceda con su hermana para que se le indemnice cumplidamente.

Madrid, 22 de octubre de 1699.

Harcourt a Luis XIV. (En francés.)

Aff. Etr.

Pocos días atrás llegó correo de Roma con las bulas del Inquisidor general extendidas a nombre del ya difunto Cardenal Córdoba; pero traía también un paquete para el Nuncio, el cual apenas lo recibió pidió audiencia, contestándosele que dijese por escrito lo que se le ofrecía, a menos que tuviese que hablar personalmente con el Rey. Envió entonces una nota explicando que S. S. había escuchado al Príncipe de Mónaco que el Rey Cristianísimo está dispuesto a juntar sus fuerzas con las españolas para expulsar a los escoceses de Darien, siempre que S. M. Católica le indicase que lo deseaba.

Esa nota se envió al Consejo de Estado, y se estaba ya deliberando sobre ella con mucha inclinación a aceptar el ofrecimiento, cuando llegó carta del Marqués de Canales desde Inglaterra notificando que los escoceses habían abandonado Darien luego de arrasar las fortificaciones, a causa de la inclemencia del clima y de la falta de víveres; con lo cual el Consejo acordó suspender todo acuerdo de consulta hasta que se recibieran del Escorial las órdenes de S. M. cuando haya sido confirmada la noticia de Canales.

El Nuncio estuvo a verle para darle cuenta del ofrecimiento que había hecho, suponiéndole enterado de la gestión del Príncipe de Mónaco. Ha contestado en términos generales.

Ha venido luego un correo de Quirós con la misma noticia que dió Canales; pero como el origen de ambas es idéntico, se ha de esperar otra confirmación.

Ha indicado el Nuncio que no era necesario divulgar el ofrecimiento. Se sabe, sin embargo, lo ocurrido porque en el Consejo de Estado español no se guarda ningún secreto. Por eso po-

drá darle cuenta de lo que se acuerde contestar en cuanto se formule la consulta.

Ha visto por la carta del Rey, del 4, que el Emperador no había dado contestación definitiva a la proposición de Inglaterra en lo referente a la sucesión española. Lo atribuye a la gravedad del asunto, al deseo de obtener mejores condiciones y a la natural irresolución de S. M. Cesárea; pero confía en que todo se arreglará. No así lo interior de España, porque no es verosímil que se entiendan entre sí los alemanes, a pesar de la aparente reconciliación de la Reina y la Berlips con el Conde de Harrach.

Este recibió días pasados orden de la Reina de pedir audiencia al Rey diciendo que tenía que hablarle en persona. Lo hizo así y se le llamó al Escorial, de donde no ha regresado aún. Atribuye esto a las negociaciones que se siguen para proporcionar a la Berlips el dinero para el viaje y al deseo de que el Embajador sea testigo y certifique al Emperador del celo con que se procura complacerle enviándole pronto a la Condesa. La fórmula mejor que se ha encontrado parece ser pedir al Marqués de Grillo el anticipo de 50.000 pistolas, de las cuales se le asegurarán 20.000 en la renta de Cruzada y en las de Nápoles y las otras 30.000 le valdrán la Grandeza de España, salvo que no la quiera y entonces la totalidad de la suma se le asegurará en las mentadas rentas.

Acaba de saber que el asunto se ultima dando Grillo una letra sobre Amsterdam por parte considerable de esa suma y ordenándole al Virrey de Nápoles que envíe cuanto antes el resto, con preferencia a todos los demás créditos, salvo el del pan de munición; lo cual produce entre los Ministros escándalo general, porque son varios los que cobran sus gajes de las rentas napolitanas.

La noticia de que los escoceses evacuaron Darien se ha confirmado, según dicen, por un navío que acaba de llegar a Bilbao. No se ha contestado al Nuncio, pero se ha elevado consulta al Escorial, opinando unánimemente que procede dar las gracias a S. M. Cristianísima; en primer término, porque la oferta lo merece y en segundo, porque puede ser necesaria otra

vez, conviniendo mucho en todo caso que vean en Europa hasta qué punto se extrema la reconciliación sellada en Rijswick.

Ha sido objeto de censuras la nota que el Marqués de Canales presentó a los Regentes ingleses para protestar contra los tratados de Loo, amenazando incluso con llevar sus quejas al Parlamento. Dicen que el Rey Guillermo está contrariadísimo y que ha disuelto el Parlamento. Pero se cree que el nuevo le será aún más hostil, y de esta decisión se espera que resulten nulos los convenios de reparto de la sucesión española, o por lo menos, que no lleguen tan pronto a concertarse.

Tiene que darle cuenta de que, según sus noticias, los holandeses se proponen reanudar su comercio de paños con Levante, puesto que acaban de encargar a Bilbao un cargamento de cuatro mil balas de lana.

Las medidas que se toman en Madrid para que los gremios y conventos se aprovisionen de grano, le hace temer que escasee pronto, tanto más cuanto que se han enviado a provincias varios Alcaldes de Corte en busca del que haya y ante la dificultad de traerlo del extranjero.

La noticia de la evacuación de Darien no ha retrasado el armamento de los galeones y se cree que saldrán en el próximo invierno.

Ya se sabe en Madrid que ha diferido la audiencia al Embajador de España para cuando vuelva de Versalles y que se le ha hecho comprender que no podría extrañarle la demora cuando a él se le hizo esperar también tanto tiempo antes de concedérsela.

Según las noticias del Escorial los Reyes siguen bien de salud y duermen juntos todas las noches.

Madrid (sin fecha), 1699.

El Conde Aloisio Luis de Harrach al Emperador.

W. Harr. A.

Ha recibido la visita del Marqués de Leganés, que vino quejándose de que el estado de los negocios empeora en vez de mejorar, desde que los Reyes se marcharon al Escorial, porque allí

no se trata de ningún asunto que no sea de interés particular, como el de hacer Mayordomo Mayor de la Reina al Marqués de Castromonte, a pesar de su modesto linaje, aun cuando no se le ha nombrado aún porque no quiere dar más de 25.000 doblones.

Leganés cree indispensable que el Emperador organice una liga de Grandes y Nobles que haga presente al Rey la necesidad de poner remedio a los males de la Corona y si no fuese atendida, que consiga la convocatoria de unas Cortes.

El Escorial, 22 de octubre de 1699.

El mismo al mismo. (En alemán.)

W. Harr. A.

Habiendo recibido una carta del confesor del Rey en que aludía al magno asunto sin darle detalles, escribió a la Condesa de Berlips para que le facilitase la ida al Escorial. Esta carta se cruzó con una de la Condesa ordenándole, de parte de la Reina, que escribiese a Ubilla los grandes deseos que tenía su mujer de conocer El Escorial, para que S. M. le permitiese ir en compañía suya y de este modo tuviera el Rey pretexto para denegar cualquier petición de audiencia que formulase el Embajador de Francia.

Lo hizo de este modo y recibido el permiso se presentó en El Escorial el 13, a tiempo en que el Rey estaba de caza y la Reina en la celda del padre Gabriel, donde merendaba. Apenas supo S. M. su llegada, por un caballero con quien topó en los claustros, le hizo llamar y se le mostró muy satisfecha de que hubiese ido allí con la Condesa su mujer, ordenándole que permaneciera en el real sitio hasta el término de la jornada.

Le preguntó qué había de nuevo por Madrid y contestó que perduraba aún la carestía, con grandes temores de que en el invierno volviese a faltar el pan; que se rumoreaba la dimisión del Gobernador del Consejo de Castilla y del Corregidor Ronquillo; que se indicaba al Arzobispo de Valencia, padre Cardona, para Presidente de Castilla, no obstante los odios generales que despierta.

S. M. le contestó que la escasez era obra de los latrocinios que se cometían y que ya se habían enviado Alcaldes de Corte a las poblaciones próximas para procurarse trigo. Aseguró no saber nada del nombramiento del Arzobispo de Valencia, achacándolo a invención de los ociosos, y preguntó si no había ninguna nueva noticia del asunto de los hechizos. Contestó que según carta del confesor del Emperador al padre Cresa, se sabía yo que la autora de ellos se llamaba Isabel. Aprovechó la oportunidad para quejarse a la Reina de la poca diligencia con que se procede contra esta hechicera, no obstante haberle declarado el confesor del Rey que en la cámara de S. M. se encontró, en efecto, lo que anunció el endemoniado de Viena.

La Reina le confirmó ser esto exacto y le dijo que por eso deseaba llevarle el próximo invierno fuera de la Corte, pues se podía temer que hubiese más brujerías en sus habitaciones del Alcázar.

La conversación prosiguió durante media hora más, aunque ya sobre temas indiferentes, mostrándose la Reina más amable que nunca.

El Rey se encuentra en cabal salud y sale de caza dos veces cada día.

El Príncipe de Darmstadt no podía pagar ya a los dos regimientos alemanes y se le han asignado fondos para ello en la renta del tabaco.

Invitado por el Rey estuvo en el pudridero del panteón contemplando el cadáver de la Reina viuda, su madre. No obstante los cuatro años transcurridos desde su muerte, lo húmedo del sitio y las tres capas de cal que se echaron sobre el ataúd, está el cadáver intacto y parece que S. M. acaba de fallecer. El traje y el manto, que son de tafetán, se conservan también intactos. El Rey le ordenó que mirara y tocara todo detenidamente para que informase de ello al Emperador.

Se está haciendo información de todos los prodigios que obró la Reina desde su muerte. Le han asegurado que poco antes de expirar pidió ella a los médicos que no la practicasen la autopsia ni la embalsamasen; pero como el Rey ordenó lo contrario, procedieron los facultativos a practicarla; pero apenas

hubieron abierto la camisa enrojeció el rostro y el cuerpo entero del cadáver. Los médicos cayeron entonces de rodillas rogando a la Reina que les perdonase puesto que no hacían sino obedecer al Rey, y el cadáver recobró en seguida su color natural, con lo que procedieron a practicar la autopsia.

Se trata, pues, de una bienaventurada y no es dudoso que por su intercesión gozará el Rey de larga vida. Este ha mandado que no se haga aún el entierro en el panteón.

A esta visita sólo asistieron algunas personas del séquito de SS. MM.; la Reina hizo abrir, además, la caja de su predecesora la Reina María Luisa y la de don Juan de Austria, el cual estaba tan descompuesto que el hedor obligó a todos a marcharse de allí.

El confesor del Rey le ha mostrado el hechizo que se encontró en el dintel de la puerta por donde ha de pasar el Rey para reunirse con la Reina, siguiendo las indicaciones del endemoniado vienés. Es una masa compacta de agujas, horquillas, huesos de cerezas y albaricoque y pelo de S. M. A causa de esto último no quiere el confesor deshacer esa pelota, porque puede trascender al Rey lo que sufran sus cabellos.

El le instó para que se registren las demás habitaciones reales y se detenga a la mujer a quien se imputa el hechizo, que debe de ser fácil de encontrar por los muchos detalles que dió sobre ella el demonio. El confesor le declaró que se sabía, en efecto, hasta su nombre, que es Isabel, y que el Rey había agradecido mucho al Emperador el descubrimiento. Insistió él en que se la debía detener y confesar, y si resultaba inocente se la podría indemnizar con alguna merced.

Verá S. M. Cesárea por lo que le dice que su reconciliación con la Reina es completa; pero, a pesar de todo, no está a gusto en Madrid. Tiene que dar frecuentes comidas, ha de vestir a la chamberga a muchos de sus criados y no se podrá mantener sin alguna ayuda de costa. Además, no ve mejoría en la política, ni puede mezclarse gran cosa en ella sin volver a enojar a la Reina, que desea verle abstenido de los asuntos interiores de España.

La Berlips ha reunido ya 200.000 doblones a cambio de su

feudo de Nápoles; pero pide además el viático y 6.000 escudos para dote de su sobrina, el sueldo de Consejero de Flandes para el Archimandrita y un Gobierno en los Países Bajos para su primogénito. Es probable que lo consiga todo.

San Lorenzo Real, 22 de octubre de 1699.

El mismo a su padre el Conde Fernando Buenaventura. (En francés.)

W. Harr. A.

Sigue obsequiándole la Reina con pequeños presentes y reteniendo largo rato junto a ella a la Condesa, su mujer. Pero no se fía, porque lo atribuye al deseo de sacar adelante la pretensión de la Berlips.

El Rey está mejor que diez años atrás y ha estado cazando sin cesar hasta que, la antevíspera, comenzaron las grandes lluvias, obligando a SS. MM. a recluirse en el convento.

Vuelve a referir con todo detalle la visita al pudridero y añade, en postdata, que al dar cuenta a la Reina de que estaba gestionando en Viena su relevo, le interrumpió S. M. para asegurarle que había hecho las paces con él y que no quería cambiar de Embajador.

Malgrado, 26 de octubre de 1699.

El Marqués de Ariberti al Elector Palatino. (En italiano.)

St. A. K. bl. 83/7.

Ha terminado felizmente sus asuntos y se propone salir hacia Milán. Espera las órdenes de S. A. para volver a España; pero le agradecería que le permitiese ir por la posta vía Amsterdam, con el solo retraso de dos semanas. Tiene allí negocios de que no puede dar cuenta ni aun en cifra.

Ni Firetti ni Mascambruno le han enviado las sumas que S. A. le anunció y ha de seguir manteniéndose a su costa, sin medios para ello. Si volviese a Madrid como simple agente gastaría mucho menos. No puede extrañarle que se queje después de tantas promesas incumplidas y peticiones inútiles.

San Lorenzo, 28 de octubre de 1699.

La Condesa de Berlips al Conde Fernando Buenaventura de Harrach. (En alemán.)

W. Harr. A. Caja 219.

Le da las gracias por las mercedes que ayudó a obtener a su hijo el Archimandrita.

Madrid, 29 de octubre de 1699.

Consulta del Consejo de Estado.

A. H. N. Estado. Leg. 2761.

Memoria de los papeles que hay vistos en el Consejo y los que no lo están tocantes a la sucesión y los que faltan de venir para satisfacer a la orden de S. M. en papel del señor don Antonio de Ubilla de 29 de octubre de 1699.

Los que se han visto son dos memorias del Embajador de Alemania y Enviado de Inglaterra en respuesta a los oficios que con ellos se pasaron sobre este gravísimo punto en 27 de agosto de este año, sobre que el Consejo hizo consulta a S. M. en 5 de septiembre y se sirvió resolver que se guardaran estas respuestas para cuando viniesen las de los oficios que habían de pasar nuestros Ministros en las Cortes de los Príncipes. Una carta del Marqués de Canales de 8 de septiembre y copia de tratado que remitió entre el señor Emperador, Rey Guillermo y holandeses sobre la sucesión y repartición de esta Monarquía, cuya carta también resolvió S. M. en consulta de 24 del mismo que se guardase hasta ver lo que resultaba de los oficios mandados pasar a nuestros Ministros en esta dependencia. Otra carta de don Francisco Bernaldo de Quirós, de 15 de septiembre, en que avisó el recibo del despacho que se le envió con extraordinario en 14 de agosto, tocante a esta materia, diciendo los oficios que en conformidad de él había mandado a Milord Portland y Pensionario de Holanda y que esperaba enviar las respuestas para el correo siguiente, sobre que asimismo resolvió S. M., en consulta de 6 de octubre, se le dijese que se esperaba lo que ofrecía.

Los papeles que están para verse son dos cartas del Obispo de Solsona, de 5 y 21 de septiembre, en que también avisa el

recibo del despacho de 14 de agosto sobre los oficios que había de pasar con el señor Emperador diciendo lo que la ha respondido S. M. Cesárea y discurre largamente sobre este punto. Una carta del Marqués de Canales, de 22 de septiembre, con que remite la memoria que había hecho dar al Arzobispo Primado y Regente del Parlamento en ejecución de lo que se le ordenaba sobre este mismo punto en el despacho que también le fué en 14 de agosto. Dos de don Francisco Bernaldo de Quirós, de 29 del mismo mes de septiembre, en que dice las respuestas que el Rey británico y pensionario le habían dado a los oficios que tiene pasados en esta dependencia. Otra también de Quirós, de 13 de octubre, que se recibió con el último correo, que trata de la propia materia.

Habiéndose preguntado al señor don José de la Puente si nuestros Ministros en Roma, Turín y Venecia habían avisado el recibo de las órdenes que les fueron sobre este gravísimo punto, ha respondido en papel de ayer que sí, y que el Cardenal Giudice y don Juan Carlos Bazán tienen avisado lo que respondieron al primero Su Santidad y al segundo el Duque de Saboya, y por lo que toca a Venecia se ponía aquella noche en manos de S. M. la respuesta que ha presentado aquí su Embajador al oficio que se pasó con aquella República, con que estos papeles también estarán para verse en el Consejo en remitiéndolos de la Secretaría del Estado de Italia. Los que faltan de venir son la respuesta del Rey Cristianísimo a los oficios que se mandaron pasar en este mismo punto al Marqués de Castel dos Ríus, el cual tiene participado ya su llegada a París; pero que habiendo pedido audiencia, se la habían dilatado hasta la vuelta del Rey a Versalles. También falta la respuesta del Rey de Portugal a los oficios que asimismo se pasaron con su Ministro en esta Corte sobre el referido punto.

Barcelona, 31 de octubre de 1699.

El Landgrave de Hasia al Conde Aloisio Luis de Harrach.
(En francés.)

W. Harr. A. Caja 251.

Cree, puesto que él lo dice, que la Reina asegura no tener ya

nada contra él; pero las cartas de S. M. no corresponden a ese sentimiento.

París, 1 de noviembre de 1699.

El Conde Sinzendorf al de Harrach (Aloisio Luis). (En alemán.)

W. S. A. Span. Varia. Fasc. 59.

Se ha concedido, por fin, audiencia particular en Versalles al Embajador de España. Este le confió en secreto el contenido de su protesta.

Quejóse en nombre de S. M. Católica de haber tenido noticia de los tratados que se hicieron en Loo con Inglaterra y Holanda para el reparto de la Monarquía española, alegando ser ello insólito cuando ocupaba el trono un Rey de treinta y nueve años mal cumplidos, que acababa de padecer achaques de salud sin importancia, puesto que había convaltecido plenamente de ellos y se hallaba en situación de lograr sucesores directos, con la ayuda de Dios. Afirmó que S. M. Católica, si se viese amenazado de morir sin sucesión, proveería por testamento a la conservación de su Monarquía, dentro de la justicia, y expresó la esperanza de que el Rey Cristianísimo no siguiera prestándose a los perniciosos manejos del desmembramiento.

El Rey de Francia se limitó a contestar que lamentaba haber disgustado al de España y que se congratulaba mucho de su total restablecimiento, sin negar ni reconocer la existencia de los tratados.

S. M. preguntó a Castel dos Ríos si entendía el francés y el Embajador contestó que estaba tan deseoso de entenderle que su corazón bastaría a servirle de intérprete.

Se espera en París el pronto regreso, del Haya, de Tallard y Bonrepos.

El Escorial, 5 de noviembre de 1699.

El Conde Aloisio Luis de Harrach al Emperador. (En alemán.)

W. Harr. A.

Desde que SS. MM. llegaron al Escorial comenzó la Reina

a laborar en el ánimo del Rey para decidirle a emprender luego otra jornada a Andalucía. Lo consiguió hasta el punto de que el 23 de octubre se dió la orden de preparar para el 3 de noviembre una visita al santuario de Guadalupe, que dista 36 millas y donde se venera a una Virgen muy milagrosa.

De esta resolución se temió que tuviera como resultado conseguir la Reina del Rey todo lo que se propone, a saber: el regreso del Almirante y Oropesa y una promoción de Consejeros de Estado, hechura suya, que la permita tener mano en todos los negocios. La agitación fué grande en la nobleza y en el pueblo y el Consejo de Estado representó a S. M. cuán peligroso sería arriesgar su persona, de la que dependen tantos y tan considerables intereses, en un viaje tan largo y en época tan poco propicia.

También el Consejo de Castilla consultó que la ausencia del Rey podría provocar un serio motín y que el dinero que se invirtiera en la jornada se emplearía mejor dedicándolo a adquirir pan.

Esta actitud de los Consejos fué la que decidió al Rey a desoir a la Reina; porque Benavente, Quintana, Medina Sidonia y el confesor no habrían conseguido nada. De todos modos se retendrá a la Corte en El Escorial hasta que el frío haga imposible permanecer allí más tiempo.

Sabe por el padre Gabriel que el único que en el Consejo de Estado opinó que se había de recurrir a todas las extremidades posibles antes que aceptar el auxilio francés en Darien, fué el Conde de Aguilar. Dice el capuchino que, según la Reina, todos los demás acreditaron en esta ocasión sus preferencias francesas y que si bien la marcha providencial de los escoceses hace inútil su ofrecimiento, es muy de temer que se renueve para Ceuta, que sigue amenazada.

La Reina le ha dado licencia para volver a Madrid.

Leganés sigue lamentándose de que no se secunde desde Viena al partido austriaco. Según él, no debió haberse recibido allí al Archimandrita, ni menos hacerle merced ninguna, y sí, en cambio, alejar de España a la Berlips y al confesor. También quiso persuadirle de que no fuera al Escorial, no logrando él convencerle de que eso era imposible.

Sabe por Mancera que el ofrecimiento francés de acorrer a Darien vino por conducto del Papa y que el primer voto favorable a la aceptación fué el de Aguilar, conformándose con éste la mayoría, aun no ignorando ninguno que el Rey está advertido de los peligros de semejante proyecto. Pendiente aún la deliberación, llegó la grata nueva de haber evacuado la plaza los escoceses, y según Mancera, ello no se puede atribuir sino a milagro divino para favorecer a la Casa de Austria. No sabe el Marqués si la consulta se envió por fin al Rey o no; pero no le extraña que no se conteste después del cambio operado. No obstante éste, hubo dos Consejeros que siguieron inclinándose a aceptar, para mayor seguridad, el ofrecimiento de Francia. El sospecha que uno de ellos fué Balbases. Mancera promete votar en contra si se renueva el ofrecimiento para Ceuta.

Según el Marqués, el Consejo está muy dolido porque se prescinde de sus dictámenes para no seguir sino los de la Reina, causantes de la ruina de la Monarquía. Se le quejó con lágrimas en los ojos de que se hubieran concedido a la Berlips 230.000 escudos en la renta de Cruzada, que es la única reserva para los grandes apremios nacionales. A su juicio no hay esperanza posible de mejoría mientras siga adueñada del ánimo del Rey. Tampoco cree que se marche la Berlips.

Aquella misma noche fué a verle Monterrey y estuvo con él desde las siete hasta las diez. Le habló el mismo lenguaje que Mancera y le reprochó, como Leganés, que él y la Condesa hubieran aceptado la jornada en El Escorial y que se propusiera volver allá.

Ubilla ha vuelto a encargarse del Despacho después de su enfermedad. Se le quejó del Consejo de Estado, donde se habla de convocar Cortes y de traer a un hijo del Delfín. Cree que es indispensable limpiarlo de los partidarios de Francia.

Aprovechó la ocasión para decir a Ubilla que si el Rey de España tenía necesidad de tropas era mucho mejor aceptarlas del Emperador, y si las Potencias marítimas no se avenían a transportarlas, traerlas por el Mediterráneo en galeras genovesas y españolas. Contestó el Secretario del Despacho Universal que no creía que la situación de Ceuta fuese tan desesperada;

pero que deseaba saber si aquel ofrecimiento le hacía oficialmente en nombre de S. M. Cesárea, apresurándose él a decir que no tenía orden ninguna de hacerlo; pero que no dudaba de la buena voluntad del Emperador, caso de que el Rey de España lo deseara.

El Embajador de Francia, con quien comió, le dijo que no había llegado aún a El Haya la definitiva resolución de Viena; pero que si el Emperador no se aviniere a arreglo ninguno, su señor tomaría otras medidas. Procuró hacerse el ignorante, como si no supiese nada del asunto.

La antevíspera fué inopinadamente desterrado el enano don Esteban, que fué de don Juan de Austria y gozaba de la confianza del Cardenal y de la Reina, porque es muy inteligente. Leganés y sus amigos comentan mucho este destierro.

A las fiestas religiosas de la Conmemoración de los Difuntos en El Escorial concurrieron todos los Embajadores, y la Reina preguntó al de Francia si le gustaba aquel real sitio y si se hallaba a gusto allí. A él no le dirigió siquiera la palabra al pasar a su lado, detalle que fué notado por todos los circunstantes. Aparte esto, sigue prodigándole amabilidades, así como a la Condesa. Le ha llegado a decir que regañó por el último correo al Embajador de Viena porque había pedido su relevo, añadiendo que aun cuando lo desee él mismo, no le consentiría marcharse mientras no hubiese recibido del Emperador una merced adecuada a sus méritos.

Ha hecho bien su padre en enviar una clave al padre Lima, a quien él estaba dispuesto a facilitársela porque es persona muy devota de la causa imperial y de muy buen juicio. Le recomendó para que le hiciesen predicador de S. M.

El Escorial, 8 de noviembre de 1699.

Mariana de Neoburgo al Elector Palatino. (En alemán.)

St. A. K. bl. 46/14 d.

Agradeció mucho su carta del 2 de octubre fechada en Schwetzingen. Tanto el Rey como ella gozan de buena salud.

No han llegado aún los coches ni el contrabajo. Tampoco Ariberti, a quien se espera ya pronto.

El Escorial, 10 de noviembre de 1699.

El Marqués de Harcourt a Torcy. (En francés.)

Aff. Etr.

Fiaba mucho en que el correo le trajera la grata noticia de haberse avenido el Emperador a lo que se le ofrecía, garantizando así la tranquilidad del mundo y la suya propia. No fué así y ha de esperar pacientemente al correo próximo. Es gran contrariedad que haya sido preciso informar de todo al Emperador, porque, enterados también los españoles, será más difícil el arreglo y habrá de sobrevenir la guerra. Personalmente no le contraría porque es el único medio de mejorar su fortuna; pero la desgracia general no le compensa de esta ventura suya.

De Holanda espera mejores noticias.

Tiene razón cuando supone que el único motivo de su permanencia en España es el deseo de congraciarse a la persona que mejor puede favorecer la causa francesa. Ha hecho ya saber a la Reina que está dispuesto a servirla en todo lo que no contrarie los intereses de su señor. S. M. le ha contestado que esperaba fuese él tan buen amigo suyo como lo era la Marquesa su mujer, aun cuando no pudiese verle tan a menudo. La insinuó él, entonces, que debería aprovechar el ascendiente de que goza sobre el Rey su marido, convenciéndole de que no volviera a Madrid, donde estará siempre a merced de sus peores enemigos; la Reina le ha replicado que su consejo era de un verdadero amigo y que le agradecería los continuase.

Se habla, en efecto, de que los Reyes irán a Talavera desde El Escorial. Ha solicitado licencia para seguir a la Corte dondequiera que se traslade.

No cree que la Berlips esté muy contenta con las mercedes que ha recibido del Emperador y quizá hubiera preferido seguir en España sirviendo de intermediaria en este negocio que él ha iniciado.

Opina que se ha de proseguir la táctica de los regalos no muy considerables, pero frecuentes. La Marquesa le dirá los

gustos de la Reina. El último, que consistió en un traje de medio luto, agradó mucho a la señora y costó poco. Claro que si las noticias del próximo correo son mejores no será necesario continuar por ese camino.

Como noticia le dirá tan sólo que el Embajador de Alemania marchó aquella mañana para Madrid después de una larga audiencia con la Reina y otra con la Berlips.

Barcelona, 14 de noviembre de 1699.

El Landgrave de Hasia al Conde Aloisio Luis de Harrach.
(En francés.)

W. Harr. A. Caja 251.

Gracias a la intercesión de su padre, que es ahora omnipotente, ha obtenido el ascenso a Mariscal de Campo, según se lo escribe desde Viena su Secretario (1).

Ehrenbreitstein, 16 de noviembre de 1699.

El Elector Palatino a la Condesa de Berlips. (En alemán.)

St. A. K. bl. 86/4.

Le ha sido muy grato saber que los Reyes reanudaron su vida conyugal y confía en que obtengan la anhelada sucesión.

Lamenta que Harrach se deje influir tanto como ella dice por Harcourt, que debe de ser persona muy inteligente.

No olvide el asunto de la herencia del Príncipe de Chimay, cuyo importe le permitiría fortificar Manheim y reconstruir su palacio.

El Escorial, 18 de noviembre de 1699.

Mariana de Neoburgo al Obispo de Lérida, antes de Solsona.

A. I.

“Ocasionando la mejoría del Rey el detenernos todavía aquí,

(1) En el mismo archivo se encuentra la carta en alemán, dando gracias al conde Fernando Buenaventura por su intervención en este asunto, fechada en Barcelona el 13 de diciembre.

recibí en este sitio vuestra carta de 19 del pasado con las inclusas tocantes a la comisión que ejecutó en esa Corte el Conde de Berlips, y enterada de todo su contenido, os encargo repitáis de mi parte las gracias al señor Emperador, que yo le doy de mi mano por lo favorable y benigno que se ha mostrado sobre mis insistencias a la Condesa de Berlips, la cual partirá de aquí el mes que viene, luego que llegue dicho su hijo de Flandes, pues desea el señor Emperador se encamine cuanto antes hacia allá. Al mismo tiempo le haréis recuerdo de lo que yo le pido, para que mande situar sus gajes con que pueda subsistir, como se debe esperar de su grandeza, mientras por lo exhausto que esto queda no se podrá proveerle aquí bastantemente.

"Ya habréis entendido los efectos ruidosos que causaron nuestras quejas de las injustas negociaciones de ingleses y holandeses, como que se mandó salir de España al Enviado de Inglaterra, y el lance que tuvo en Bruselas el Elector con el Residente del Emperador; de todo lo cual nada de bueno podemos esperar y sí temer muchas malas consecuencias, y que el francés pesque en este agua turbia.

"Por lo demás, os quisiera ver más alentado y menos desconfiado del premio de vuestros servicios y de mi constante propensión, que mantengo, ratificando al Rey que renueve sus precisas órdenes para que de lo que sobra del arrendamiento del tabaco os pague el Virrey de Nápoles.

"El día 23 saldremos de aquí, sin saber fijamente si para Madrid o hacia otro clima más templado y favorable a la complexión de S. M., quien por muchas razones debe gustar poco de residir en Madrid, donde temo que volverá a gastar la salud que aquí recobró."

Madrid, 18 de noviembre de 1699.

Consulta del Consejo de Estado.

A. H. N. Estado. Leg. 2761,

Acordada en este día.

El Consejo de Estado con carta del Elector de Baviera y otros papeles sobre un nuevo tratado que se ha esparcido en

Flandes, hecho entre Holanda y el Elector para mantenerle en el Gobierno de Flandes.

“Señor: Con papel de don Antonio de Ubilla de ayer, se sirve V. M. remitir la carta inclusa del Elector de Baviera, de 28 del pasado, que se recibió por la vía reservada con el último correo de Flandes, y la copia de tratado que en ella se cita y dió su Ministro, y manda V. M. que uno y otro se vea luego en el Consejo, convocándole extraordinario para hoy y que se consulte inmediatamente a V. M. lo que se ofreciere.

“La carta del Elector se reduce a decir que el año pasado remitió a V. M., por mano de un enviado suyo, copia de un tratado falso que entonces se esparció suponiéndole hecho entre los Estados Generales y el Elector, y que habiéndose publicado ahora otro correlativo al primero, ha tenido por conveniente al Real servicio de V. M. y a su propio decoro y crédito el hacer conocer al público la falsedad de estos papeles, mandándolos quemar públicamente, como se ha ejecutado por manos del verdugo, y ofrecer tres mil doblones al que denunciare al autor de ellos; y que habiendo sabido que la copia del último tratado había salido del Residente del señor Emperador, llamó a este Ministro para que dijese por dónde la había tenido, o que se le tendría por autor, a que respondió que no le era permitido ni podía fiarlo por habérselo comunicado en toda confianza; a vista de cuya respuesta dice el Elector que hubiera pasado con él a las demostraciones convenientes para hacerle que se declarase a no hallarle con el carácter de Ministro de S. M. Cesárea; pero que siendo también indispensable el que él lo diga para averiguar quién es el autor, si no lo fuese este Ministro, ha escrito al señor Emperador lo precisa que es esta noticia y que si no se hallase forma para que la dé su Residente, se sirva de exonerarle de este empleo para que pueda el Elector valerse de su autoridad y de las vías de hecho, cuya instancia no dejará de la mano, antes pide a V. M. afectuosa y encarecidamente le coadyuve en ella con la Cesárea con sus eficaces oficios.

“El supuesto tratado de que ahora envía copia el Elector, hace relación al del año 98 y la subsistencia de él es para mantener al Elector en la posesión y goce de los Países Bajos, de

la dominación de V. M., hasta que la sucesión de España quede ajustada a gusto de la mayor parte de los Estados de Europa, con algunas otras cláusulas. Y en vista de estos papeles y habiendo tenido presente el Consejo un apuntamiento que hizo la Secretaría para mayor claridad de este negocio y sus antecedentes, se pasó a votar así:

"El Marqués de Mancera dijo que el Elector de Baviera en esta carta usa toda la quintaesencia política que le es posible para desvanecer cualquiera sospecha de su complicidad en los tratados y proyectos que cita; verdad es que no es fácil que lo pruebe, pues aunque le demos por libre de este último proyecto que su Enviado entregó a don Antonio de Ubilla, en que puede haber su más y menos, no por esto queda purgado de su intervención en los antecedentes. Toca tres puntos bien graves a este propósito: el primero, la diligencia que hizo con el Ministro del señor Emperador, la pública demostración del castigo por mano del verdugo, haciendo quemar el proyecto, y designios de proceder a ulteriores diligencias hasta apurar al autor de este papel. El segundo, dar cuenta a V. M. de lo que escribió al señor Emperador sobre este mismo intento, y el tercero, pedir a V. M. que se interese también con el mismo señor Emperador en la materia.

"No admira al que vota que si el Elector se halla en todo con la inocencia que supone, trabaje cuanto pueda por justificarla y acreditarla con el mundo, ni de esto podemos hacerle cargo sin saber positivamente que está culpado; pero que, como lo ha dicho en otras consultas, mientras subsistiese el Elector en aquel Gobierno, no hay política que aconseje desgraciarle ni darle a entender que V. M. siempre en la confianza y amor que ha mostrado en diferentes ocasiones al Elector, y que para acreditar su proceder y buena correspondencia no necesita el Elector de contribuir más que el crédito de su gran sangre y demostraciones antecedentes en servicio y agrado de V. M., sin aprobarle ni reprobarle lo ejecutado con el proyecto por mano del verdugo. En la misma sustancia parece que se debe omitir el hablarle en lo que ha escrito al señor Emperador, pues éste es hecho suyo y ya ejecutado, sin alguna intervención de V. M.

En la tercera parte, que toca a pretender que V. M. se interese escribiendo al señor Emperador para que obligue a su Ministro, que reside en Bruselas, a que declare el autor de este proyecto, le parece en ninguna manera conveniente que V. M. asienta ni condesienda a esta proposición del Elector, por ser materia de que pueden resultar malas consecuencias, y de todo se sale sin embarazo considerable respondiendo V. M. al Elector sucintamente y en buenos términos lo que deja dicho en el punto antecedente.

El Conde de Frigiliana, concurriendo con lo citado por el Marqués de Mancera, añade que este segundo proyecto le saca de cualquiera duda en que le pudo dejar lo verosímil del primero; pues no lo es que si fuese cierto le quemase por mano del verdugo, sujetándose a la queja de los Estados, que justamente fuera grave por este desaire; tampoco es creíble que si fuese cierto tomase el empeño de buscar su origen con dos tan grandes como el que hizo con el Ministro del señor Emperador y los oficios que sobre la sujeta materia ha pasado con S. M. Cesárea, queriendo dar tanto cuerpo a sus instancias, como lo prueba el querer interesar a V. M. sobre ella con la Cesárea. Después que no puede haber en juicio sano la ligera credulidad de estos tratados hechos por Potencias que no tienen fuerzas suficientes, según el sistema de Europa, para sostenerles; últimamente lo desvanece todo y hace insubsistentes los últimos negociados de Inglaterra y Holanda con el Cristianísimo, sobre el punto de la sucesión, cuyo negociado a uso general y absoluto es imperativo de este particular, pues separándosele la máxima universal se hacía ofensible al Rey británico, excusándole sin su consenso o concurso, y no halla madura cabeza que pueda hacer capaz de creer que los Estados puedan desde la subordinación que tienen al británico obrar sin él y más en el negocio que tiene tan particulares intereses, como en los que se trataron sobre el dominio de los Países Bajos; con todos estos fundamentos se persuade a creer que es incierto y que por mostrarlo así el Elector ha ejecutado cuantas demostraciones caben y aun a su vez son excesivas para hacer notoria su sinceridad en esta parte.

"El Marqués de Villafranca dijo que aunque las diligencias y demostraciones que ha hecho el Elector para la averiguación y castigo del nuevo proyecto que remite pueden dar motivo a pensar que él no tenga parte en él, como hasta ahora no ha venido más noticia que la que él mismo da de esta novedad, hasta que lleguen nuevos avisos por donde se pueda hacer juicio de uno y otro, no pasa a hacerle por lo que presentemente se ha visto, pues por el tratado anterior de 28 de agosto del año pasado, siempre entendió que el Elector era incluído en él, aunque lo negaba; y así ahora se conforma con el Marqués de Mancera en la forma de responderle; pero sin que le pueda parecer que V. M. queda enteramente satisfecho de lo que representa y también con lo que dice de no entrar en los oficios que solicita con el señor Emperador, con cuyo motivo y el de las novedades que se van repitiendo, no puede dejar de acordar a V. M. lo que por este Consejo se ha representado de lo mucho que conviene el apartar de allí al Elector, entendiendo que éste es un punto que merece toda la atención y reflexión de V. M. y tomar en él resolución para atajar otros muchos embarazos que justamente se deben recelar, y con la dilación se da tiempo a que puedan suceder.

"El Conde de Monterrey se conforma con el Marqués de Mancera, añadiendo el poner en noticia de V. M. que las con que se halla es de que el Elector llamó a los dos primeros Ministros de Justicia y les pidió su parecer sobre hacer quemar por el verdugo estos proyectos, y que habiéndole dicho estos dos Ministros que les dejase pensar sobre la resolución que les había comunicado, le hicieron una consulta representándole los graves perjuicios que se podrían seguir de ejecutarlo, y que habiendo dado cuenta el Elector a V. M. de otros proyectos debía hacerlo de esta resolución y esperar su orden, porque de los dichos proyectos estaban llenos los Países Bajos y que como los hiere en lo más principal, que es el comercio, les tiene sumamente alterados que el Elector se conforme con su parecer y que la misma noche de partir el correo, sin hacer mención de la resolución que había tomado en la consulta de los dos Minis-

tros, les envió decretos para la ejecución, y que aunque era día de fiesta, se juntó el Consejo privado para darles ejecución.

"V. M. resolverá lo que fuere servido."

(Al margen: "Como parece, el Marqués de Mancera y los que le siguen, y así he mandado responder a esta carta del Elector.")

Escorial, 18 de noviembre de 1699

El Conde Aloisio Luis de Harrach al Emperador. (En alemán.)

W. Harr. A.

Por correo extraordinario del 10 ha referido cómo al recibirse en Madrid la noticia de que el Rey de Inglaterra ordenó al Marqués de Canales que abandonase Inglaterra antes de diez y ocho días y que mientras tanto permaneciera arrestado en su domicilio, se transmitió orden idéntica al Enviado inglés Stanhope. Ha explicado también los esfuerzos que hizo para que esa orden se revocara y cuán inútiles fueron.

Envió asimismo por aquel correo el oficio que firma el Secretario del Consejo de Estado, don Juan del Moral, acerca de cuyo contenido aguarda instrucciones de S. M. Cesárea. Finalmente daba cuenta de la llegada, el día 7, del correo que trajo la noticia de las mercedes concedidas a la Berlips, con las que SS. MM. se han mostrado muy satisfechas

Ha hablado de la revocación del Obispo de Lérida con el Rey, la Reina, la Berlips y el padre Gabriel. S. M. no contestó sino "Veremos". La Reina le aseguró que complacería en esto al Emperador, librándole de ese sujeto. El padre Gabriel se inhibió, alegando estar hace algún tiempo en malas relaciones con el Obispo y expresando el temor de que se atribuyese lo que hiciera a venganza particular. La Berlips prometió tomarlo como empeño personal, y añadió que el padre Gabriel había recomendado ya al Marqués de Castel Rodrigo o al Duque Moles; pero que su candidato era el Conde de Santisteban.

El lo aprobó mucho, expresando tan sólo la duda de si aceptaría, a que contestó la Condesa que sí, sobre todo si le nombraban Consejero de Estado.

Es persona muy devota de la Augustísima Casa, bienquisto de todo el partido austriaco, hombre inteligente y de muy buen trato, que ha dejado excelente reputación en Italia, donde desempeñó durante veintisiete años los virreinos de Cerdeña, Sicilia y Nápoles.

La Berlips se prometió hacerle ganar tanto en el ánimo de la Reina antes de su marcha, que ausente ella puedan más sus dictámenes que los del Almirante; pero le añadió que para ello era preciso alejar al padre Gabriel, único amigo del Almirante, cuyas máximas sigue, haciéndose odioso a la nación.

Añadió la Condesa que la Reina trabajaba la Presidencia de Castilla para el Obispo de Lérida, apresurándose él a rogarla que estorbara todo lo posible esa designación, porque no ignoraba ese Obispo la activa parte que toma el Emperador en su revocación, y es lo más probable que procure vengarse una vez en España, cosa más fácil desde el alto puesto. Comprendiéndolo así, prometió la Condesa combatir ese designio.

Por lo demás, la Reina sigue prodigándole sus atenciones y mostrándose muy satisfecha con él, aunque su mayor consuelo no está en este cambio tan brusco, sino en que el Emperador haya aprobado su conducta.

Como lo indica S. M. Cesárea, Portocarrero es, en efecto, excesivamente blando y tiene descontentos por esta razón a Leganés y a sus amigos. Está ausente de la Corte y dice que no volverá a ella mientras no se cambie la planta del Gobierno. El Gobernador del Consejo de Castilla insiste en su dimisión, que parece le será aceptada.

La mayor dificultad consiste en que la Reina tiene por franceses a todos los buenos austriacos y éstos desconfían de la Reina hasta el punto de haberse hecho sospechoso a sus ojos por haber permanecido tanto tiempo en El Escorial. Vino a Madrid con licencia de SS. MM. para convencer a Leganés de que no podía hacer otra cosa. Logró persuadirle de que, separado él de la Corte, no podía tramitar los negocios diplomáticos, y de que hallándose en El Escorial el Embajador de Francia sería de muy mal efecto que él no estuviese también allí. Acabaron reconociendo que tenía razón y que hasta era conveniente que se halla-

se en situación de observar cuanto ocurría y de advertirles de cuanto se tramase. Pero siguen muy inquietos de la prolongación de la jornada y temen que los Reyes pasen el invierno fuera de Madrid hasta que la Reina consiga de su marido el regreso del Almirante. Dicen que en ese caso tendrían que pedir, con el Cardenal a la cabeza, la reunión de Cortes.

Se asegura que la Reina pasa largas horas encerrada con la Berlips, lamentándose ambas de su próxima separación.

La Reina asegura que en la carta del Emperador no ha hallado petición ninguna para que se remueva al Obispo de Lérida, ni tampoco insinuaciones contra la Condestablesa Colonna. Esta señora se halla por el momento en Barcelona y se dice que no regresará a Madrid hasta marzo. Pareciéndole muy oportuna la ocasión para representar al Rey la conveniencia de que no se la deje volver, lo indicó así a Monterrey y a Mancera, prometiéndole éstos tratar el tema en el Consejo de Estado. Leganés, se comprometió por su parte a conseguir del Cardenal que tomase la iniciativa en este asunto. Por eso sería muy conveniente que S. M. Cesárea lo pidiese también a la Reina.

Leganés acaba de ganar un pleito al Duque de Medina Sidonia que representa para él 36.000 escudos de ingresos al año.

Ha hecho bien el Emperador en proteger a Ubilla, que lo ha mucho de menester, porque no tiene la gracia de la Reina, está mal mirado por el partido francés a causa de ser austriaco y se ha enfriado con los de este partido, sobre todo desde que el Cardenal le culpa del destierro del enano favorito suyo.

También el padre Trujillo puede ser un buen auxiliar por el gran prestigio de que goza, superior al del padre Lima, que ha sido elegido Guardián en Toledo contra su voluntad y ha tenido que marcharse de Madrid.

Como la Reina le insinuase, por conducto del padre Gabriel, que se atribuía al Emperador haber convenido con Francia el reparto de la Monarquía española, negó rotundamente que tal cosa fuese cierta y la Reina se lo comunicó así al Rey, quien se holgó mucho de escucharlo. Dice la Reina que las Potencias marítimas acabarán por comprender que no se pueden separar del Emperador.

Se ha dado orden de prevenir para el 23 el carruaje ordinario; pero no se ha dicho adónde es el viaje; según unos, va la Corte a Guadalajara; según otros, a Talavera para seguir, pasado el invierno, a Andalucía. No duda de que la Reina lo gestione así; pero se inclina a creer que volverán a Madrid.

Sabe por el confesor del Rey que pocos días atrás hubo un violento altercado entre SS. MM. por empeñarse la Reina en conseguir el destierro de Monterrey y de otros Ministros. El Rey atribuye la instigación de todo ello al padre Gabriel. Su confesor le objetó entonces que no tenía sino desterrarle de España, seguro de que la Reina lloraría durante unas horas, pero recobraría después la tranquilidad que no tiene ni deja tener a la Corte. El Rey pareció muy inclinado a seguir ese camino. El confesor comparte, pues, la opinión de Leganés sobre la necesidad de expulsar al capuchino, y él no puede menos de creer que tiene razón.

Tampoco le falta para pedir que se revoque a Selder, que va emulando ya la pésima fama del Cojo, Wisser. Tiene siempre delante de su casa varias carrozas de pretendientes, que le compran su intercesión cerca del padre Gabriel, merced a la cual consigue cuanto quiere.

Balbases no está ya en peligro de muerte; pero si no desaparece la calentura se puede temer un funesto desenlace de la enfermedad. Fuensalida ha sido declarado ético (tuberculoso) por los facultativos. Ha muerto el Conde de Oñate, correo mayor de la Reina y caballero del Toisón.

Confía en recibir pronto la noticia de que la Reina de Romanos ha dado a luz un Archiduque.

El Escorial, 19 de noviembre de 1699.

El mismo a su padre. (En alemán.)

W. Harr. A.

La Reina le ha repetido que está reconciliada plenamente con el y que pedirá al Emperador que no le releve. También los Ministros del partido austriaco se le han brindado a escribir a S. M. Cesárea para que se le conserve en Madrid. Les hizo desistir,

asegurándoles que su Embajada no está ya en litigio. La Ber-
lips se le muestra asimismo muy propicia.

El Escorial, 19 de noviembre de 1699.

El doctor Geleen al Elector Palatino. (En francés.)

St. A. K. bl. 86/27 b.

SS. MM. están muy bien de salud desde el 24 de septiembre en que vinieron al Escorial y no piensan marchar sino el 24 de noviembre, tras la más larga jornada de cuantas tuvieron en el real sitio, porque las anteriores no duraron por lo común sino veinte días. Ha sido inútil que él les haya hecho presente la insalubridad del clima del Escorial; jamás se extremó tanto el secreto de la Corte, y cuando se creía generalmente que se estaba disponiendo el retorno a Madrid, se preparaba en realidad un viaje a Guadalupe, que es el santuario de una Virgen muy milagrosa, aunque posteriormente se haya desistido de emprenderlo. Todavía en la fecha en que escribe no se sabe con certeza para dónde será la partida el 24. La verdadera causa es la aversión que el Rey ha tomado a Madrid después de los tres años de enfermedad que allí pasó; y se dice también que el Emperador le ha escrito haberse descubierto en Viena una maquinación de brujería contra su real persona. De esto último se ha hecho gran secreto, pero son bastantes los que lo conocen.

Es probable que la Corte se traslade definitivamente a otra parte, con lo cual se causaría gran daño a Madrid.

El Conde de Harrach ha recibido indicaciones de S. M. Cesárea para que no se le despida a él de la real cámara. Sin duda el Emperador está contento con los informes que le da.

Madrid, 19 de noviembre de 1699.

El Conde Aloisio Luis de Harrach al Emperador. (En alemán.)

W. S. A. Span. Varia. Fasz. 59.

No obstante la noticia de haber evacuado los escoceses el canal de Darien, instó para que se aceptasen los fondos de la renta de Cruzada que el Padre Santo ponía a disposición de

España a fin de que se defendiesen las Indias. Se le contestó satisfactoriamente, asegurándole que el Consejo de Indias se ocupaba con gran ahinco del asunto; y espera que no ocurra con éste lo que con el dinero que se invirtió para la construcción de buques en los astilleros vizcaínos, que había de servir para iniciar el armamento naval y se gastó, de modo que los bajeles botados al mar hubieron de ser declarados inservibles apenas llegaron a Cádiz.

Ha insistido con el Secretario del Despacho Universal para que se den al Emperador las razones en que se inspira la demanda de expulsión de Roma del religioso protegido por S. M. Cesárea. Pero Ubilla contesta que este asunto depende exclusivamente del Papa, el cual no necesita la venia del Rey Católico para fijar residencia a los religiosos. Cree inútil volver sobre el caso.

Por conducto de Leganés le indicó Schönberg que quería verle y le dió cita en la huerta del Marqués del Carpio. Era para pedirle que reanudase la gestión diplomática del Enviado inglés Stanhope. Prometió hacerlo, puesto que también S. M. Cesárea se ha ofrecido como mediador en el conflicto del Marqués de Canales. Schönberg, que se muestra muy adicto a la causa austriaca, cree que la única interposición eficaz para poner término a la diferencia angloespañola es la del Emperador. Stanhope ha salido de Madrid hace dos días, acatando la orden del Rey.

El Escorial, 20 de noviembre de 1699.

Mariana de Neoburgo al Elector Palatino. (En alemán.)

St. A. K. bl. 46/14 d.

No ha recibido carta suya por el último correo. Aguarda con impaciencia las carrozas y los caballos.

Frankfurt, 20 de noviembre de 1699.

Boineburg al Conde Aloisio Luis de Harrach. (En alemán.)

W. S. A. Span. Varia. Fasz. 59.

Le da gracias por el excelente rapé que de parte suya le

llevó Persius, el cual llegó ocho días atrás. Celebra la buena salud del Rey y el desistimiento de la larga jornada que meditaba.

Dusseldorf, 29 de noviembre de 1699.

El Elector Palatino a Ariberti. (En italiano.)

St. A. K. bl. 83/7.

La Reina insiste reclamando su vuelta a Madrid, puesto que perdura la agitación política. Dará instrucciones al abate Van Eyck para que obtenga el dinero por conducto de Billoti Ferreti. Puede estar seguro de que le procurará lo necesario para vivir con decoro.

Dusseldorf, 29 de noviembre de 1699.

El mismo a Mariana de Neoburgo. (En alemán.)

St. A. K. bl. 46/14 d.

Ha recibido tres cartas tuyas, una de la víspera de su salida de Neustadt; otra del 20 de octubre, camino de Coblenza, y la tercera de 5 de noviembre, ya en Dusseldorf. No pudo contestar a la primera en Weinheim porque se lo impidieron los Enviados de Brandeburgo y Holanda, que acapararon toda su atención. Ha conseguido detener la ejecución francesa; pero se reanudará porque no puede pagar. Es una calumnia suponer que pedía el tesoro de Chimay para el Canciller Wiser, cuando pensaba destinarlo íntegramente a la fortificación de Manhein y a la restauración del castillo de Heidelberg.

Algunos de los caballos prevenidos tuvieron accidentes y hubo que retrasar su envío. Se ha perdido la pista del contrabajo y no se sabe dónde anda. Se dice que está enfermo en Utrecht. ¡Lástima que hombre que canta tan bien sea tan crapuloso!

París, 29 de noviembre de 1699.

El Conde de Sinzendorf al de Harrach (Aloisio Luis.) (En alemán.)

W. S. A. Span. Varia. Fasz. 59.

(Noticias cifradas que no ha sido posible poner en claro por falta de clave.)

Madrid (sin fecha), 1699.

El Conde Aloisio Luis de Harrach al Emperador. (En alemán.)

W. Harr. A.

Tiene muchas novedades que referir. Ha escrito ya de los forcejeos de la Reina para no volver a Madrid hasta que se hubiese desterrado a Monterrey, puesto que no era posible trasladar la Corte a Andalucía, como pensó primero. Ha dicho también que el confesor del Rey contrarrestaba esos manejos, haciendo ver a su penitente que no podía desterrar a ningún Ministro sin causa justificada; pero pudo más la insistencia de la Reina, porque el 23 de noviembre llegó el decreto desterrando a Monterrey a 30 leguas de Madrid.

Mancera, Villafranca, Leganés y los demás de este partido han formado liga para impedir que Monterrey salga de la Corte, provocando quizá un alboroto su destierro. Han escrito a Portocarrero para que venga a ponerse a su cabeza y se proponían trasladarse al Escorial y solicitar de S. M. la revocación de la orden. Pero el Cardenal se ha limitado a escribir directamente al Rey haciéndole presente cuán contra su servicio es el castigo injusto que se impone a Ministro tan graduado y tan fiel, y los peligros que ello puede acarrear.

También el Presidente de Castilla elevó análoga representación a S. M. Pero el Rey les ha contestado a ambos que tenía "justos motivos" para adoptar esa resolución, análoga a la que se tomó con Oropesa, el Almirante y Montalto, que también eran Consejeros de Estado y que, por consiguiente, no podía revocarla.

Leganés y los suyos insisten cerca del Cardenal, que está en sus tierras, para que se traslade en persona al Escorial; pero ni siquiera les ha contestado. En vista de ello, Monterrey, que estaba oculto en su casa, se decidió a salir de Madrid secretamente el 29 de noviembre. Leganés y los suyos han acudido a él para que tome el nombre del Emperador y haga cerca del Rey la gestión misma que pedía al Cardenal. El les prometió

(1) Se deduce del contexto haber sido escrita en los primeros días de diciembre.

que lo haría; pero como está convencido de que no servirá de nada, se abstiene de intentarla y se ha limitado a indicar a la Reina que, puesto que se habrá de reforzar el Consejo, procure escoger personas afectas a la causa austriaca. S. M. contestó que estaba en ello, y aquel mismo día salió la promoción de Consejeros de Estado, que son los nueve siguientes: el Príncipe de Vaudemont, el Duque de Medinaceli, el de Veragua, el de Medina Sidonia, el Marqués del Fresno, los Condes de Santisteban, Fuensalida y Montijo y el Cardenal Giudice. No detalla las cualidades y títulos de cada uno porque ya lo hará su padre, que también los conoce. El, por su parte, no cree que haya sino dos dignos del cargo, que son Medinaceli y Santisteban. La hornada ha sido recibida con indignación o chacota y aumenta la impopularidad de la Reina y las odiosidades que ya tenía entre nobles y plebeyos. Se la llama la promoción del padre Gabriel.

Ya comprenderá el sinsabor de Leganés y de Escalona. El primero dice que el único reparo que se pudo oponer a su nombramiento fué su notoria significación austriaca. Añade que en cuanto esté en posesión de los bienes que ha ganado en el pleito, marchará a Andalucía y de allí a Alemania para ponerse a los pies del Emperador y servirle como voluntario en la próxima guerra, sin volver jamás a España, a menos que por intervención providencial no cambien aquí las cosas públicas.

El confesor del Rey hizo presente a S. M. que como no quería condenarse le rogaba aceptase su dimisión y nombrara para sustituirle al padre Gabriel, puesto que prefiere sus dictámenes. S. M. no le contestó nada; pero le envió luego a Ubilla rogándole que no insistiera en dimitir. No lo ha conseguido, porque el confesor insistió; y, según Leganés, ya está acordado reemplazarle y se le está buscando sustituto.

También el Presidente de Castilla ha dimitido irrevocablemente y se indica para sucederle al Arzobispo de Valencia, padre Cardona.

El que fué Gobernador de Hacienda en tiempos del Almirante, Pedro Cortés, y sigue siendo criatura suya, ha sido nombrado Presidente de Cruzada.

Verá el Emperador que la Reina dispone ya del Consejo de Estado, de la Presidencia de Castilla, si se nombra a Cardona; del Inquisidor general y también de Ubilla, porque se han dado a éste dos sabrosas encomiendas y desde entonces se muestra incondicional de la camarilla. No podrá, pues, alegar que no le es posible servir los intereses de la Casa de Austria mientras no se cambie el Gobierno. Por lo que toca a él, sigue mostrándosele muy propicia, pero desvía la conversación en cuanto se tratan negocios políticos. Ultimamente ha insistido en que se sustituya al Obispo de Lérida, antes de Solsona, en la Embajada de Viena, y S. M. le ha contestado que el Emperador no había escrito nada en ese sentido.

Si acude al padre Gabriel, le oye decir que está resuelto a no mezclarse en asuntos políticos, como si no supiera todo el mundo la influencia que ejerce sobre la Reina.

Ve, pues, que se le quiere relegar a las funciones meramente protocolarias de los Embajadores de capilla, según las máximas que siempre profesaron el Almirante y el capuchino, poco inclinados a consentir que nadie imparcial pueda aconsejar a la Reina contra las maldades que ellos la sugieren. El flamante Consejo de Estado no servirá sino para acrecentar las confusiones y el partido austriaco está prácticamente deshecho.

La Reina está muy agradecida de las mercedes que se han otorgado a la Berlips. Grillo ha entregado una letra sobre Amsterdam por 200.000 escudos, como anticipo del importe de la venta del feudo napolitano; pero su corresponsal allá no ha aceptado la letra y ello tiene muy contrariada a la Berlips.

La Reina y sus lados pretenden hacer creer que no han tenido parte en el destierro de Monterrey y que ha sido el Elector quien acudió amenazando si no se le daba satisfacción en este punto. Con lo cual aumentan los comentarios malévolos.

Madrid, 3 de diciembre de 1699.

El doctor Geleen al Elector Palatino. (En francés.)

St. A. K. bl. 66/27 b.

Los Reyes regresaron del Escorial el 1.º de diciembre, muy satisfechos de la jornada allí, que desean repetir en primavera,

contra el consejo de todo el mundo. Verdad que no lo reciben de nadie de quien debieran, ni aun de los médicos.

Se sigue tratando del acomodo de la Berlips. El Rey ha concedido una pensión de 8.000 escudos sobre las rentas del Ducado de Geldres. La letra de cambio de los 200.000, no ha sido aceptada en Holanda; pero ya se hallará remedio a esto y a la situación de la sobrina, que pide un dote de 40.000 escudos y el Toisón de Oro para su novio, a fin de encontrarlo entre los grandes señores alemanes. Es probable que hasta la enana logre la pensión de 2.000 escudos que pretende.

De él no se habla ya.

Ha desterrado S. M. al Conde de Monterrey, por presión, según se dice, del Elector de Baviera, a quien había ofendido. Se supone que no será el único. Salió la antevíspera la hornada de Consejeros de Estado. Ruega a S. A. que guarde bien sus cartas, cuya divulgación podría acarrearle serios disgustos.

Madrid, 3 de diciembre de 1699.

Mariana de Neoburgo al Obispo de Lérida.

“La adjunta debía ir por la vía de Italia, ocho días ha; pero casualmente quedó en Madrid, aunque creo que con el correo de hoy llegará tan apriesa como hubiera llegado por el pasado de Milán; y ratificando todo cuanto os previne en ella, especialmente de tener muy secreto lo que os conferí de vuestra promoción, sólo tengo que añadir en respuesta de la última carta de 2 del pasado, que ya vengo en que volváis acá con crédito y satisfacción vuestra y mía, como lo habéis visto; que os agradezco los oficios que habéis aplicado por la Condesa de Berlips, no dudando los renovaréis para que consiga el sueldo, aunque por habérsele protestado las letras de cambio que S. M. le dió pagaderas en Amsterdam, no podrá partir tan pronto como deseaba, antes que se asegure la satisfacción de ellas.

Anteayer volvimos del Escorial muy buenos, dejando la romería a Guadalupe para otro tiempo más templado; pero antes mandó S. M. desterrar al Conde de Monterrey y declaró ocho Consejeros de Estado, que debo creer serán muy atentos y concurrirán conmigo al mayor servicio del señor Emperador; y

siendo hoy día de singular devoción y novena de San Javier, no puedo escribir más ni responder al Príncipe Jacomo hasta el que viene, aunque me alegro muchísimo del nuevo sobrino que me ha nacido.”

Madrid, 3 de diciembre de 1699.

La misma al Elector Palatino. (En alemán.)

St. A. K. bl. 46/14 d.

No tuvo carta suya en este correo.

París, 4 de diciembre de 1699.

El Conde de Sinzendorf al de Harrach (Aloisio Luis.) (En alemán y en parte indescifrable.)

W. S. A. Span. Varía. Fasz. 59.

Se murmura por noticias de Auersperg que Tallard y Bonrepos partieron de El Haya muy descontentos. No cree que eso sea exacto; lo ocurrido es que se llamó a Bonrepos para acomodarle en Francia y se ordenó a Tallard que volviese a Inglaterra.

En postdata. El Rey Guillermo ha prometido al Parlamento que no cerrará trato ninguno sin su aprobación. Perdura la cordialidad entre Francia e Inglaterra.

Dusseldorf, 11 de diciembre de 1699.

El Elector Palatino al doctor Geleen. (En alemán.)

St. A. K. bl. 86/27 b.

Lamentaría mucho que saliera de España y confía en que podrá quedarse.

París, 13 de diciembre de 1699.

El Conde de Sinzendorf al de Harrach (Aloisio Luis.) (En alemán y en parte indescifrable.)

W. S. A. Span. Varía. Fasz. 59.

El martes último tuvo audiencia con el Delfín y la Duquesa

de Chartres. El mismo día le recibió también S. M. Cristianísima, con quien trató de los asuntos de Alsacia y de los de Roma.

Idem.

El mismo al mismo. (En alemán, sin cifras.)

Idem.

Será portador de esta carta el señor Pilati, camarero del Rey de Romanos, que llegó la antevíspera con la noticia de haber dado a luz la Reina a una Princesa.

Se ha arreglado el conflicto de etiqueta que Villars tenía planteado en Viena. Lo celebró mucho cuando se lo comunicó el propio Luis XIV. Parece ser que el Nuncio contribuyó mucho a ese resultado, cosa que conviene sepa el Nuncio en Madrid.

Puede consolarse de que no sea varón el hijo de los Reyes de Romanos, recordando el refrán español: "Mujer paridera, hija la primera."

Dusseldorf, 13 de diciembre de 1699.

El Elector Palatino a Mariana de Neoburgo. (En alemán.)

St. A. K. bl. 46/14 d.

Han salido ya las carrozas y los caballos saldrán antes de quince días. El bajo no puede ir porque está enfermo.

La ruego que no olvide sus peticiones en lo referente a la herencia de Chimay y a la navegación con las Indias. Pide el Toisón para el Conde Cristóbal de Althau.

Barcelona, 14 de diciembre de 1699.

El Landgrave de Hasia al Conde Aloisio Luis de Harrach. (En francés.)

W. Harr. A. Caja 251.

Todo lo que ha recibido lo debe a la bondadosa intervención de su padre.

Madrid, 16 de diciembre de 1699.

Don Francisco de Afferden (1) al Obispo de Lérida.

A. I.

“Los servidores inútiles como yo no tienen otra oportunidad para explicar su rendimiento que la de las Pascuas.”

“En esta suposición y de que presto será V. E. Presidente de Castilla, fiado en su grande benignidad, me atrevo a suplicarle de recibir por su gentilhombre, ya sea caballero o camarero, a un amigo mío, muy práctico de esta Corte, hijo de un gentilhombre de boca de S. M. que se llama don Juan de Zárate.”

Madrid, 17 de diciembre de 1699.

Mariana de Neoburgo al Obispo de Lérida.

A. I.

“El expreso, criado de este Conde de Harrach, que en vuestra carta de 16 del pasado avisabais estaba para volver acá, llegó pocos días ha. Quiera Dios sea bien recibida su comisión y que aquí se tome la más acertada resolución.

“Los oficios que habéis pasado a favor del Canciller del Obispo de Brixona, no sólo los apruebo, pero de nuevo os encargo los continuéis en mi real nombre, valiéndoos de todos los motivos que sabéis y el pretendiente podrá aún sugerir, para facilitar el buen logro, y fío de vuestra actividad.”

Madrid, 17 de diciembre de 1699.

La misma al Elector Palatino. (En alemán.)

St. A. K. 46/1 b.

El Preósito de Brujas y Consejero de Flandes, Afferden, se queja de que un paje de la Corte palatina que estuvo en España y recibió aquí muchas mercedes, a quien hizo portador de una sortija de diamantes para que la llevase a su hermano,

(1) Secretario particular de la Reina, que fué con ella a España. Tenía los cargos de Capellán de honor de S. M. y Preósito de Brujas. Es el traductor al castellano de la biografía del Elector, escrita en alemán por Bodler.

el que ocupa un alto cargo en el Ducado de Geldres, en lugar de entregarla, la empeñó por 130 escudos.

Ruega a su hermano que haga restituír al padre de ese paje.

Madrid, 17 de diciembre de 1699.

El Conde Aloisio Luis de Harrach al Emperador. (En alemán.)

W. Harr. A.

Recibió a la mano de don Juan Monegatti su carta de 14 de noviembre y por correo la del 16, y procede a contestarlas.

En el asunto de los hechizos no hay novedad. El confesor del Rey le ha dicho que no se encuentra a la mujer de la boca torcida y que ya no se la busca, porque los exorcismos han curado evidentemente al Rey, en cuyo cuarto no se oyen tampoco ruidos sospechosos como antes. Le preguntó si creía que la persona que por amor a las lises francesas perpetró ese hechizo vivía aún y el confesor contestó que creía que no.

Así debe de ser puesto que S. M. no sólo se halla bien de salud, sino que habla con entera claridad, como pudo comprobarlo en la última audiencia.

La Reina se muestra muy agradecida a lo que se ha hecho por la Berlips y por su sobrina. La Condesa espera recibir en marzo los 200.000 escudos que restan de la enajenación de su feudo napolitano, y según él ha dicho, no piensa marcharse hasta que tenga la suma en poder suyo. La pensión anual sita en las rentas de Geldres la considera asegurada. Reclama también las 15.000 doblas de la dote de la señorita von Cran y una cantidad para ayuda de costa de este viaje.

Son muchos los que creen que no piensa marcharse y que todo ha sido un pretexto para obtener las mercedes que se la prodigan. Pero ella insiste en que se propone salir en abril. Tiene razón el Emperador cuando le escribe que se adelantará poco con su marcha si queda en Madrid el padre Gabriel, a quien no pocos, y él entre ellos, tienen por más peligroso que a la Berlips. La última promoción de Consejeros de Estado es obra suya y por su conducto se han enviado las credenciales. No parece verosímil que se logre expulsarlo.

Ha sido, en cambio, muy feliz la resolución de S. M. Cesárea de trasladar a Selder y escribir al Elector de Treveris para que haga lo mismo con Carpani. Ambos tienen fama de traficar con su influencia y se hallan en el mayor descrédito. Espera que el Elector de Treveris no se resista a complacer a S. M. Imperial, aun cuando disimule llamando al padre Carpani so pretexto de pedirle informes sobre la marcha de su gestión.

También acierta el Emperador cuando le escribe que la Reina llama afrancesados a todos sus enemigos, como acaba de hacerlo con Monterrey, de quien está él seguro que es un fiel y devoto partidario de la causa austriaca. El partido de Leganés ha quedado deshecho y él personalmente muy amargado de no haber recibido carta de S. M. Cesárea. Trató de explicarle ese silencio y cree haberle tranquilizado; pero opina que S. M. ha hecho bien no escribiéndole porque habría exhibido la carta y provocado así el disgusto de la Reina.

Queda por examinar si conviene o no que el Emperador interceda directamente con los Reyes para que se levante el destierro a Monterrey, y se nombre a Leganés Consejero de Estado.

Los candidatos que suenan para suceder al Gobernador del Consejo de Castilla son el padre Cardona y el Marqués del Fresno; pero la Berlips le ha dicho a Lobkowitz que el actual había hecho ya las paces con la Reina y que se quedaría.

Dice también Lobkowitz que le ha visitado Mancera, mostrando muy pocas esperanzas de salvar a la Monarquía sin alguna milagrosa intervención de Dios. Añade que no se le ha dado respuesta a la demanda que hizo para que se permitiese al Conde de Soissons venir a ponerse a los pies del Rey y que sólo se le dijo que se contestaría a la nota que él (Harrach) tiene ya presentada.

En la audiencia con el Rey le hizo presente que el Emperador está advertido de las amenazas que se formulan contra él a propósito del tratado entre Francia y las Potencias marítimas para desmembrar la Monarquía, tratado que no tiene otro origen sino la falta de armamento en que España se encuentra y su total indefensión, porque hasta las tropas de que dispone Cataluña se mueren de hambre, y no se reconstruyen tampoco las fortificaciones arrasadas.

En nombre de S. M. Cesárea se quejó también de que el Rey Católico no tiene ya con él la confianza de sus antecesores, indispensable para la estrecha unión de las dos ramas de la Augustísima Casa. Lo prueba así el trato que se da a sus dos regimientos, que andan casi desnudos y no perciben sus pagas hace diez y siete meses, no obstante las reclamaciones que de dos años atrás viene formulando. Lo prueba también la resistencia que se opone para sustituir al Obispo de Lérida por otro Embajador más capaz de servir los intereses austriacos. La estrecha unión del Imperio y España frustraría cualesquiera tratados que se intentasen para desavenirlos.

El Rey contestó que había escrito de su mano al Emperador sobre el asunto de los tratados y que pondría remedio a lo de la Embajada.

Visitó también a la Reina para pedir su intervención y le oyó decir que estaba segura de que el Emperador, a quien quería como a un padre, impediría que tuviesen eficacia esos planes de desmembración del Imperio español. Añadió que se iba a nombrar nuevo Presidente de Hacienda para poner orden en las rentas reales. Disculpó que no hubiese sido relevado el Obispo de Lérida porque tampoco se había recibido carta del Emperador en que lo pidiese; y le reiteró su deseo de que no se le sustituyese a él.

No se fía, sin embargo, y ruega a S. M. Cesárea que se acuerde de él cuando vaque algún alto cargo en su casa o en la del Rey de Romanos.

La Reina sigue distinguiendo a doña Alejandra, aunque no sea ésta santa de la devoción de la Berlips, que quiere suplantarla con una azafata de la cual se vale para cobrar las comisiones por el tráfico de destinos. Mientras queden esas sabandijas aprovechará poco la marcha de la Condesa. El doctor Geleen podrá quedarse si no lo impide la Berlips.

No hay nada nuevo en el asunto de los milagros de la Reina difunta. El Rey ha mandado que se levanten actas notariales de todo cuanto se compruebe para poder iniciar el expediente de beatificación. Por de pronto es evidente que se debe a su intervención la rápida convalecencia del Rey y el milagro

de que con Gobierno tan pésimo no haya perecido la Monarquía española.

Está muy agradecido a S. M. Cesárea por la parte que ha tomado en el otorgamiento del Toisón a su suegro el Conde de Sternberg. La Reina de España ha perdido la nota en que el Rey de Romanos le recomendaba a otro aspirante, que cree recordar era el Príncipe de Windishgraetz, pero no está segura. El trabajará, asimismo, para que incluyan a Kinsky en la próxima promoción de Toisones.

Cree haber descubierto al traidor que aparenta servir simultáneamente la causa austriaca y la francesa. No tiene aún prueba plena, pero el individuo sospechoso se llama don Miguel Salvador y es agente del Príncipe de Darmstadt, aunque a él se deben probablemente las calumnias que se han levantado al Landgrave. El descubrimiento lo hizo el Duque de Tursis, al cual sirve también ese sujeto, el cual ha estado en París para gestionar asuntos de la Princesa de Astigliano, y se ha debido de ofrecer al Embajador de Francia. El de Darmstadt le escribe que está sobre la pista de las fechorías de ese hombre y que cuando las compruebe no sólo le retirará su confianza, sino que le castigará como lo merece.

Aun cuando S. M. Cesárea no hubiese desaprobado el plan que proponía Leganés, tampoco serviría ya, porque el Cardenal Portocarrero no está dispuesto a actuar y al confesor del Rey no se le acepta la dimisión. Hay quien supone, entre ellos Su Eminencia, que la Reina se avendrá pronto a desagaviar a Monterrey y a Leganés.

Ha habido más cambios desde los que anunció en sus cartas anteriores. Se ha nombrado Mayordomo Mayor del Rey a Medina Sidonia y de la Reina al Conde de Santisteban, sin decir palabra de ello a Balbases. La Capitanía de la guarda, vacante por muerte del Conde de Arcos, se dió al Marqués de Quintana y el puesto de éste al Conde de Alba de Liste, que es un Enríquez, deudo del Almirante. Don Diego de Boes, que era Gobernador de Cádiz, pasa a gobernar el Consejo de Hacienda. Suponen unos que el Almirante no ha tenido intervención en estos nombramientos, por haber sido obra exclusiva

de la Reina; pero otros creen lo contrario a causa de que el padre Gabriel, que fué quien los gestionó, recibe a diario y conferencia detenidamente con Trullós y Romeo, que son criaturas y confidentes del Almirante.

Ha instado al padre Gabriel para que se atienda a los armamentos y se pague a las tropas, puesto que se ha mudado la planta del Gobierno. El capuchino contestó que no había tenido parte en ese cambio; pero que se habría escogido, sin duda, a los mejores. El le objetó que la mejoría tardaba en comprobarse, puesto que seguía el Almirante cobrando los 100.000 escudos que tiene asignados en las rentas de Sicilia, el Duque de Medina Sidonia sus 12.000 ducados, la Camarera Mayor sus 3.000, el Patriarca sus 4.000 y que subsistían otras pensiones por el estilo. Replicó que la pensión del Almirante no era nueva, sino de hace algunos años, aunque hasta ahora no la hubiese cobrado. De la pensión de Medina Sidonia no sabía nada, pero podía asegurar no gravaba la renta de Cruzada. La de la Duquesa de Frías estaba consignada en Indias y la del Patriarca era la misma que disfrutó el Cardenal Córdoba, con lo cual no se había hecho novedad.

Trató de persuadirle de la necesidad de gastar mejor, incluso lo que se paga de antiguo; pero el padre Gabriel se aferró a su dictamen de que es menester tener contentos a los Grandes.

En una visita que ha hecho al Marqués de Leganés, con motivo de haberse caído del caballo y dislocádose un brazo, encontró allí al Conde de Aguilar, quien se mostró muy ajeno a los últimos cambios políticos; pero insistió en la imposibilidad de conseguir nada provechoso contra el parecer de la Reina, omnipotente en el ánimo del Rey, más flaco e indeciso cada día. La solución consiste, a su juicio, en que se unan todos los nobles para ejercer presión amistosa sobre la Reina, que como buena cristiana e interesada en el bien de la Monarquía servirá entonces a la buena causa.

El aprobó cuanto dijo Aguilar y cuando se hubo marchado quiso conseguir de Leganés que procurase la reconciliación de Portocarrero con la Reina. Pero no pudo lograrlo, porque

tanto él como el Cardenal están muy sentidos de las últimas maldades de la camarilla. Intentará algo análogo por conducto de la Condesa de Palma, que está ya en buenas relaciones con la Reina.

Ubilla se le ha mostrado, como de costumbre, muy afecto a la causa imperial, y le ha prometido ocuparse eficazmente de los regimientos alemanes de Cataluña. Le descubrió que el padre Gabriel hace cuanto puede por llevar a su puesto a Romeo y le rogó que le ayudase a impedirlo. Así se lo ha prometido, porque cree que nadie servirá mejor que él a la causa imperial, pues aun cuando parece hombre de dos caras, es lo cierto que le ha hallado siempre leal. Hablará del asunto al confesor del Rey y a la Condesa de Berlips que desde hace algún tiempo se entiende mal con el capuchino.

Gestionará, siguiendo sus instrucciones, que el sucesor del Obispo de Lérida, si llegase a ser relevado este Embajador, fuera Gialona, Valero o Leganés, aun cuando el nombramiento de este último le parece imposible. No perderá tiempo, porque está gestionando la plaza el Príncipe de Cariati, que es un napolitano Grande de España, ex Virrey de Aragón, que no pertenece a ningún partido, pero no tiene tampoco ningún crédito y hace en Madrid mediana figura. Llevaría con él a su mujer y ello daría ocasión a innumerables conflictos. Ya se lo ha apuntado al padre Gabriel, sin darle ningún nombre. La Princesa es hermana del Duque de Gandía y la Reina la distingue mucho.

Barcelona, 20 de diciembre de 1699.

El Landgrave de Hasia al Conde Aloisio Luis de Harrach.
(En francés.)

W. Harr. A. 251.

Hace diez y seis meses que no se ha pagado un maravedí a los regimientos alemanes y los oficiales tienen que sostenerlos a su costa. Sería, pues, de pésimo efecto que se nombrase un Comisario imperial, porque los oficiales lo tomarían como una muestra de desconfianza de su gestión.

Cremona, 24 de diciembre de 1699.

Ariberti al Elector Palatino. (En italiano.)

St. A. K. bl. 83/7.

Está dispuesto a volver a Madrid; pero acaba de recibir una carta de Mascambruno en que se niega a prometerle el envío de su sueldo y le ofrece tan sólo 130 doblas. En esas condiciones no puede emprender el viaje.

Madrid (sin fecha.) (1).

El Conde Aloisio Luis de Harrach al Emperador. (En alemán.)

W. Harr. A.

Aprovechando la buena disposición hacia él en que sigue la Reina, fué a pedirla que se dignara proteger a los regimientos alemanes de Cataluña con motivo de haber llegado un correo expreso del Príncipe de Darmstadt anunciando que los asentistas del pan se negaban a entregarlo si no se les pagaban los atrasos. Le contestó la Reina que no cesaba de instar sobre este asunto, y que según la había asegurado el Rey, se había vuelto a enviar dinero; pero que en vista de las reclamaciones del de Darmstadt volvería a insistir para que se le atendiera.

Habló luego a S. M. de la buena disposición en que se encontraban respecto a ella el Cardenal Portocarrero y Leganés, de quienes había recabado previamente autorización para decirselo. Los dos estaban dispuestos a acudir en cuanto ella se lo indicase. La Reina contestó que no era la primera ni la segunda vez que la transmitían recados análogos; pero que cuando intentó poner a prueba esas buenas disposiciones no las halló nunca confirmadas.

Leganés tuvo audiencia inmediatamente después que él e hizo presente a S. M. que no obstante las malas referencias que habían llegado hasta ella de su conducta, podía asegurarle que fué siempre fiel vasallo y tan incondicional de la causa austriaca que no podía menos de sentirse también ligado a la Rei-

(1) Ha de ser de fines de 1699 o principios de 1700.

na. Contestó ésta con breves pero amables palabras y esto le hace esperar que sus esfuerzos para la reconciliación del partido de Su Eminencia con doña Mariana no resulten estériles.

El padre Gabriel fué a darle las Pascuas y él le dió cuenta de esos pasos que venía dando, mostrándose el capuchino muy satisfecho y pronto a secundarlos. Pero le hizo notar que la Reina no podría pedir nada al Cardenal, porque se creería que sólo a causa de necesitarle se había reconciliado con él.

París, 27 de diciembre de 1699.

El Conde de Sinzendorf al de Harrach (Aloisio Luis.) (En alemán.)

W. S. A. Span. Varia. Fasz. 59.

Ha podido hablar con el Conde de Berlips, que acaba de marchar de París, y también con el gentilhombre de la Cámara imperial Pilati.

Maguncia, 27 de diciembre de 1699.

Boineburg al Conde Aloisio Luis de Harrach. (En alemán.)

W. S. A. Span. Varia. Fasz. 59.

¿Cómo desempeña su gestión el Marqués de Ariberti? Es muy intrigante y no desaprovechará probablemente las buenas ocasiones que se le ofrezcan.

Dusseldorf, 29 de diciembre de 1699.

El Elector Palatino a Mariana de Neoburgo. (En alemán.)

St. A. K. bl. 46/14.

Recibió su carta del 3. Ha estado indispuesto y lo atribuye a los berrinches que le produjeron sus diferencias con los Orleans y con los protestantes (Brandenburgo y Holanda.)

Puede estar segura de que llegarán pronto las carrozas y los caballos. El bajo, en cambio, está enfermo de sordera y los médicos que le tratan no le permiten ponerse en viaje hasta que se reponga.

Encomienda a su benevolencia al Coronel Amézaga, que le ha llevado de parte suya el bálsamo y el ámbar gris.

Madrid, 30 de diciembre de 1699.

El Conde Aloisio Luis de Harrach al Emperador. (En alemán.)

W. Harr. A.

La Berlips se queja de que con lo que la dan no tendrá para vivir en Viena con sus hijos. La contestó que los sueldos de la Corte imperial no eran, en efecto, tan crecidos como los de España, pero que esta diferencia se compensaba con el honor de estar al servicio de SS. MM. Cesáreas.

El Consejo de Estado se opone terminantemente a que Shönberg se quede en Madrid con ningún carácter y a que se deje venir al Conde de Soissons, ni se le otorgue nada de lo que pide.

El Conde de Aguilar ha vuelto a asegurarle que la última promoción de Consejeros de Estado y altos cargos palatinos fué obra exclusiva de la Reina. Portocarrero se encuentra muy apartado de toda actividad política y dice que se limita a votar en el Consejo de Estado porque no puede excusarse en conciencia.

Santisteban teme también que no mejoren las cosas públicas.

Ortiz, el secretario de la Reina, ha revelado que por orden suya fué a visitar uno por uno a los Consejeros que habían de fallar el pleito de Leganés para pedirles que lo hicieran contra él o, si no era esto posible, que no se diera sentencia. Los Consejeros contestaron que en conciencia no podían hacer ni lo uno ni lo otro sin orden expresa y escrita de S. M. Comprenderá cuánto ha dolido este caso a Leganés y escandalizado a todos.

El tiple castrado Mateucci se ha hecho ya la mano en la venta de credenciales. Se dice de público que Santisteban le debe su puesto de Mayordomo Mayor y que el Arzobispo de Valencia, Cardona, ofreció por su conducto 130.000 escudos si le daba la Presidencia de Castilla, regalando a la Reina una joya de varios miles de doblones.

No se cree viable la revocación del Obispo de Lérida mientras el Emperador no se lo pida directamente a la Reina, porque ella opone siempre que S. M. Cesárea no le ha hecho ninguna indicación, aunque quizá se lo haya escrito al Rey.

Madrid, 31 de diciembre de 1699.

El mismo a su padre Fernando Buenaventura. (En francés.)

W. Harr. A.

No obstante la amabilidad de la Reina, no consigue que le conteste sino en términos generales en cuanto le habla de asuntos políticos, a pesar de lo cual comprende que tiene que tener paciencia y seguir en la Embajada durante algún tiempo más.

Conserva la amistad de Leganés y de su partido y está tratando de reconciliarle con la Reina. La Berlips le ayuda en esto; pero no así el padre Gabriel, que lo embaraza cuanto puede.

Como el Rey de España ha recuperado la salud, los intentos de reparto de la Monarquía caerán por su base.

Madrid, 31 de diciembre de 1699.

Mariana de Neoburgo al Obispo de Lérida.

A. I.

“Mucho os estimo los oficios que, según vuestra carta de 31 del pasado, habéis aplicado para conseguir la pensión de la Condesa de Berlips, y atento a que el señor Emperador se mostró propenso, continuaréis en solicitarla.

”Ya parece a la viveza de nuestros deseos que tarda el correo con la feliz nueva del parto de la Reina de Romanos, que espero habrá sucedido con toda prosperidad y que ya tendrá un Príncipe en sus brazos. Aquí va adjunta la respuesta a su carta, que acompañaréis con expresiones de mi más tierno y constante afecto a S. M.

”La jornada de Guadalupe queda para otra mejor coyuntura, y puede que en la primavera se determine S. M. a ella.

Dios lo permita y que su Santísima Madre escuche piadosamente nuestros ruegos.”

Madrid, 31 de diciembre de 1699.

Don Pedro González a Prielmayer.

A. H. N. Estado. Leg. 2554.

He recibido su carta de Vm. de 12 de éste, y quedando enterado de su contenido pasaré a responder diciendo en primer lugar que a los oficios que hizo el Conde Harrach tocante al cuento de Canales, de que remití las copias el correo antecedente, se le dió a entender brevemente los puntos sobre los cuales pretenden o quieren aquí que se trate el ajuste, que son tan raros y llenos de implicaciones que se puede dudar mucho se llegue nunca, o difícilmente, a la conclusión, según se verá del adjunto traslado, que habiéndole comunicado luego al señor B., me ha parecido enviarle para que S. A. E. se halle distintamente informado de todo lo que va ocurriendo en este negocio, en que viene a tener parte, respecto de la constitución presente, confirmándome siempre en mi opinión de que ésta ha de ser la piedra de toque en que los imperiales han de dar a conocer adónde se encaminan sus oscuras ideas, que si no fueren con intención sincera de componer estas diferencias cuanto antes, mediando entre las partes con igualdad, para que cada una retroceda y se reduzca a lo razonable, a nadie le podrá estar peor que al Emperador, pues todo lo que se dilatare la reconciliación de españoles con ingleses y holandeses ha de dificultar el que se establezcan las alianzas y estrecha unión de estas potencias, de que dependerá únicamente que las cosas de S. M. Cesárea tomen mejor semblante que el que hoy en día tienen, mayormente cuando ha rechazado las proposiciones de la Francia y que casi todos los particulares y pueblos aborrecen la nación tudésca, figurada en la mente de todos por la Reina, la Berlips y el capuchino; aprovechando muy poco al Emperador el que esté tan apoderada del mando absoluto de la Monarquía, si no se atiende a poner el remedio que tanto se necesita en los males que se experimentan, aumentándose cada día con los desórdenes, abusos y relajación universal, de

suerte que ya están en los términos de incurables de que se oyen lamentos y quejas dolorosas e inexplicables, sin respeto ni amor al Rey, diciéndose que hasta en su dormitorio se han hallado pasquines y libelos sediciosos y satíricos y entre ellos uno tan sangriento que en sucintas palabras expresaba: "Si el Rey no muere, el Reino muere", añadiendo que éste se hizo a los últimos años de la vida de Felipe IV, su padre, y que a su hijo se aplicaba con más justa razón, pues si aquél le dejó algo enfermo por los grandes contratiempos que le sobrevinieron, éste, en su más vigorosa edad, le ha reducido a cadáver, por sus descuidos, omisiones y mala conducta, con dos epítetos a este asunto que manifiestan el poco aprecio que se hace de este Monarca, con que todo redundando en notable perjuicio del Emperador, y como la Reina no sigue su método regular para ganar y atraer los ánimos, los mismos que logran las mercedes por su mano, son los que más la censuran, sin mostrarse obligados, susurrándose que ya está mal satisfecha de los nuevos Consejeros de Estado, porque en sus votos se conforman con el Cardenal Portocarrero, sucediendo lo mismo con los dos Mayordomos Mayores, porque no deben de manejar los puestos a su modo, con que todas son contrariedades e inconsecuencias, cuantas se encuentran y pueden observarse, unas por señales evidentes y otras por conjeturas de que se inferirá la confusión y embolismo del sistema infeliz de esta Corte, y quién de los rivales, el Emperador y el Rey Cristianísimo tendrán más fundadas esperanzas de arribar a sus fines, estando mirando con rostro sereno el Marqués de Harcourt, siendo muy ociosa por esta causa su actividad y solicitud, al paso que su amo no se descuida en fomentar al Pontífice por que reitere sus amonestaciones en cuanto al recelo de que los herejes no tomen pie en las Indias, como lo ha ejecutado el Nuncio poco ha, ponderando que los escoceses, aunque abandonaron el Darien, no están fuera de procurar el ocupar otro cualquier puesto en la América, en que puedan mantenerse, sin exponerse a los inconvenientes que experimentaron en el Darien, por las destemplanzas de su clima, que le temieron más que nuestras fuerzas, sabiendo que los socorros de acá no les in-

quietarán por la celeridad y prontitud, dándoles lugar a afirmarse y fortificarse, y que teniendo Su Santidad noticias muy ciertas de estos designios de la Compañía de Escocia y que el Rey Guillermo no podría o no querría oponerse por no hacerse más sospechoso a aquellos Reinos, no excusará el advertirlo a S. M. exhortándole con paternal amor pensase muy seriamente en una materia tan grave, dando las providencias competentes al reparo del riesgo que amenazaba a la Religión católica en las Indias, y en caso de no poderlo hacer por sí, se valga de quien se halla en aptitud de asistirle con bajeles, gente y pertrechos y buena voluntad de complacerle, aludiendo a la Francia; y a la verdad, si los escoceses persisten en anidarse en aquellas remotas regiones se habrán de poner aquí en los brazos de quien los busca con el especioso pretexto mencionado y el de su descanso y conservación.

Después de la creación de Consejeros de Estado y Mayordomos Mayores, se declaró la Grandeza de primera clase a don Gabriel Ponce, con el título de Duque de Linares, merced bien excusada, pues aunque dicen ha sido de justicia, porque fué hecha muchos años ha al Duque de Aveyro, su tío, cuando se vino de Portugal a servir al Rey, dejando allá sus Estados, le tocaron a la Duquesa, su hermana, madre de don Gabriel, siendo éste hermano inmediato del Duque de Arcos, que es Grande dos o tres veces por su casa paterna y materna, y no teniendo hijos ni esperanzas de haberlos, vendrá a recaer todo en don Gabriel, lo que le bastaría, sin añadir más dictados; pero por Miñón y Benjamín del Almirante se supone que haya negociado, si bien en lo demás parece que ya está muy aliquebrado y sin esperanza de volver a la Corte, por los motivos que referí en el correo pasado, a que se juntan otras señales que lo corroboran, y para que se conozca la extravagancia con que esto corre, se ha de notar que habiendo quedado abatido el partido del Cardenal, ninguno de los que lo componían causó más indignación a la Reina que el Marqués de Leganés, porque fué de los que abiertamente trabajaron para mudar el Gobierno y disminuir su autoridad. Ahora hay apariencias de que se restituya a su gracia, como lo solicita feryo-

rosamente el de Harrach, apadrinándole, dándole a entender a la Reina que por afecto al Emperador con tanta fineza, merecía el que le honrase y favoreciese y ha conseguido el que le diese, tres o cuatro días ha, audiencia con mucho agrado, a que también ha cooperado la Berlips por la influencia del mismo Conde de Harrach, sin que ya se hable de su viaje a Viena, antes bien, en mantenerse y derribar al capuchino, con quien aseguran ha roto recientemente la Berlips porque ha descubierto solicitó vivamente que ella se fuese, por quedar más absoluto en la voluntad de la Reina; y así las cosas domésticas del Palacio están muy revueltas, pues siendo estos dos sujetos los polos en que ha estribado siempre la confianza de la Reina, corriendo de buena conformidad, si ésta ha cesado, difícilmente podrán ambos subsistir, creyéndose que lo que hace daño al capuchino es el ser tan parcial amigo del Almirante, y la Berlips contraria, habiéndose arrimado a los que no desean su retorno, y que por lograrlo se rendirán a la Reina, lisonjeando a la Berlips por que se quede, y si esto fuere cierto, nadie tendrá tanta parte como el Conde de Harrach, que va manipulando estos emplastos; con que es muy posible que al de Leganés le den el Consejo de Estado y que sea su compañero el Príncipe de Darmstadt. Pero, por otro lado, parece que unos tiran a engañar a los otros, sin que se pueda hacer fundamento de tantas quimeras como están en embrión, sino apelar, al tiempo, que nos sacará de dudas; y entretanto es más probable que en lo que mira a S. A. E. no se moverá nada, porque no habiendo quien maliciosamente excite las especies fantásticas como Monterrey, estando éste ausente ninguno se atreverá, así porque no tendrá la mala voluntad de aquél como por no meterse en lances pesados, a pique de no sacar más que mortificaciones, diciéndose muy públicamente que el destierro de Monterrey procedió de las quejas que dió contra él el señor Elector, habiéndose desvanecido los embustes que fraguó con sus secuaces de allá y de aquí; y el Quirós, a vista de esto, puede ser que recoja las velas hinchadas del aire de su soberbia, no obstante que el Cardenal Portocarrero es su acérrimo defensor y que sus escritos los tiene por oráculos, efecto de la ig-

norancia de este Prelado, teniéndose por seguro que la resolución acerca de lo de Canales ha sido inspirada del mismo Cardenal.

"En lo de don Carlos de S. R., admito la reprensión que Vm. me da y no discurriré más, dejándolo en perpetuo silencio, si él no volviese a rebuznar con algún entusiasmo, porque como he dicho a Vm., me voy cautelando de sus crepúsculos y creo lo he de conseguir enteramente. Dios lo haga y guarde, etc.

Madrid (sin fecha), 1699. (1).

El Conde Aloisio Luis de Harrach al Emperador. (En alemán.)

W. Harr. A.

Acaba de confiarle Portocarrero que se ha visto en el Consejo de Estado una carta del Elector de Baviera, diciendo que en vista de la situación de Bruselas había hecho ir allá a las tropas bávaras, cumpliendo sus reales órdenes. Añade Su Emi-nencia que los Consejeros consultaron la aprobación de la conducta del Elector, puesto que obedecía a órdenes de S. M., pero que como ellos no conocían esas órdenes, debería mostrarse la carta a quienes las aconsejaron. También hicieron presente a S. M. que de no relevar al Elector de Baviera del Gobierno del País Bajo, se perderían para siempre esos dominios. El Cardenal no cree que se releve al Elector porque le ampara la Reina.

Aguilar sigue mostrándose muy adicto desde el destierro de Monterrey. Insiste en su opinión de que es indispensable contar con la Reina; pero añade que resulta muy difícil aconsejarla bien porque no escucha a nadie y que la única persona que podría influir decisivamente en su ánimo es el Embajador de S. M. Cesárea. El le contestó que había hecho lo posible por conquistar su confianza, sin lograrlo.

En vista de la unanimidad con que se pide el relevo del Elector de Baviera, decidió visitar al padre Gabriel para conocer las intenciones de la Reina en este punto. La indicó el gran peligro que corrían aquellos estados, la posibilidad de sustituír

(1) Ha de ser de fines de 1699 ó principios de 1700.

las tropas bávaras por otras alemanas, cuando se hubiese cambiado al Gobernador y aun cuando no se nombrase al Archiduque Carlos sino a un español. Contestó el capuchino que según sus noticias la situación general de Flandes era excelente desde que se habían enviado las tropas a Bruselas y que no había por qué pensar allí en mudanzas. Añadió que había preguntado a Santisteban si la Reina protegía realmente al Elector, contestándole el interrogado que lo ignoraba; pero que si S. M. lo hacía era sin duda por creerlo conveniente para el Rey su marido.

También interrogó al padre Gabriel sobre el posible cambio de Embajador en Viena y le aseguró haber hecho varias veces esa gestión cerca de la Reina, ignorando por qué tardaba tanto en obtener buen éxito.

Ha perdido las esperanzas de reconciliar al Cardenal y a Leganés con la Reina; desconfiando de tal modo ella de los dos y los dos de ella, que no es posible lleguen a entenderse.

Leganés piensa retirarse el próximo verano a sus tierras de Andalucía, tranquila su conciencia, porque está seguro de no poder prestar servicio ninguno a su Rey ni al Emperador mientras perduren las circunstancias.

También le ha dicho Leganés que el Cardenal está muy desengañado del Emperador, porque no escribe al Rey en la forma que fuera de desear, porque no capitanea a los de su partido, ni sujeta a la Reina. Las mismas mercedes que ha prodigado a la Berlips, aun otorgadas con el sano propósito de alejarla de España, resultan desmoralizadoras por recaer en sujeto que ha hecho tanto daño, aparte el poco provecho que se obtenía con esa expulsión, quedando en España el padre Gabriel y otros "trastos" por el estilo. Los últimos acontecimientos demostraban que la Reina era más omnipotente que nunca, y cuando no había aprovechado aquellas circunstancias para organizar un buen Gobierno, no era lógico esperar que lo intentase jamás.

Replicó él que esos ataques al Emperador eran injustos, porque S. M. Cesárea había hecho siempre todo lo que pudo, y se podría quejar, en cambio, del Cardenal, quien en las varias

ocasiones que se le habían presentado, singularmente después del motín contra Oropesa y del destierro del Almirante, no había sabido o querido obtener las ventajas políticas que estaban a su alcance. Si el Emperador hubiese actuado según los consejos que recibió del Cardenal y de sus amigos, habría perdido por completo la amistad de la Reina y empujádola quizá a ponerse frente a él. A esto objetó Leganés que la situación de la causa austriaca no habría sido entonces peor de la que tenía a la sazón y que, en cambio, se habría granjeado el Emperador todas las simpatías que le enajenaba el odio a la Reina.

En lo referente a la Berlips, opuso a su interlocutor que si S. M. Cesárea había accedido al otorgamiento de las mercedes pedidas por la Reina, lo hizo según el consejo de los austriacos, a falta del cual no las concediera probablemente. Pidió, en fin, a Leganés que le señalara de modo concreto por cuáles medios, tanto el Emperador como él, podrían contribuir al designio común, y el Marqués quedó en consultarlo con el Cardenal y redactar una nota que pudiera ser enviada a S. M. Cesárea.

Por lo demás, es evidente que la Reina no tiene confianza en Ministro ninguno. Con Medina Sidonia no ha hablado sino una vez desde el retorno de El Escorial. Parece estar arrepentido de haber elevado a Santisteban y las únicas personas de quienes se fía son el padre Gabriel, la Berlips, la azafata y el cantor Mateucci, que es gran agente de colocaciones. Estos se hallan, además, enemistados entre sí, salvo la Berlips y la azafata, que son uña y carne. Ahora se trata de hacer venir de Italia a Cardona y siete músicos más, que se espera lleguen por Pascuas de Resurrección, y el traslado de esta orquesta costará 40.000 ducados. El padre Trujillo, religioso, que tiene entrada en todas las casas grandes de la Corte, le ha asegurado que el padre Gabriel tiene la promesa de un capelo y que debe de ser uno de los Cardenales reservados *in pectore* en el último Consistorio.

Acaba de saber con asombro que el Obispo de Lérida ha recibido ya la orden del Rey para despedirse del Emperador y regresar a Madrid con poco séquito. El hecho de que se le haya ocultado esta resolución, por ignorarla aún cuando empe-

zó a escribir este despacho, y la de enviar por el último ordinario los Toisones para los Condes de Windishgraetz y Lamberg, prueban que la Reina no tiene confianza ninguna con él y sigue las máximas de su camarilla, según las cuales el Embajador Cesáreo se ha de atener a sus funciones meramente protocolarias, puesto que se le mantiene ignorante incluso de la solución de los asuntos que se han negociado por mediación suya. Así no es posible servir con eficacia el cargo.

Ha dado cuenta a la Reina del estado de salud del Archiduque y del curso que siguen sus viruelas, entregándole la relación que envió el Príncipe de Lichtenstein. S. M. agradeció mucho esta atención que con ella se tiene y se congratuló de que haya cesado ya el peligro.

Aprovechó él esa audiencia para darse por enterado de la remoción del Obispo de Lérida y pedir a la Reina que se nombrase persona capaz de aventajar los intereses de la Augustísima Casa. S. M. contestó que cuando el Rey había decidido remudar a su Embajador lo creería así más adecuado para su servicio, y que no era dudoso que escogería ^{al} ~~el~~ idóneo del agrado de S. M. Cesárea.

La Berlips se mostró sorprendida por esta mudanza, de la cual fingió no saber nada, y cuando intentó él conocer el candidato a la sucesión, opuso ella que no se mezclaba en esos asuntos, ni quería saber nada de las intrigas de la Corte española. Como la interrogase acerca de quién sería el encargado de negocios hasta la provisión de la Embajada, contestó que se enviaría un Residente desde Bruselas o desde Milán, pero que no sospechaba en quién podría recaer la designación.

Añadió, por último, que se había abonado ya en Amsterdam el primer plazo del importe de la venta de su feudo napolitano, pero que faltaban los otros dos.

Se ve, pues, por todo lo antecedente, que se cumplen sus pronósticos, según los cuales no llegará a tener nunca la verdadera confianza de la Reina ni de la Berlips.

PRÍNCIPE ADALBERTO DE BAVIERA
Y GABRIEL MAURA GAMAZO.

(Continuará.)